

A close-up portrait of Alexandra Kollontai, a woman with dark, curly hair and blue eyes, looking slightly to the right. The background is a textured, dark purple or blue color.

Alexandra
Kollontái

**FEMINISMO
SOCIALISTA Y
REVOLUCIÓN**

©Alexandra Kollontái
Impreso en México
2020

**FEMINISMO
SOCIALISTA
Y REVOLUCIÓN
SELECCIÓN DE ESCRITOS**

Alexandra Kollontái

ÍNDICE

NOTA DE LOS EDITORES

Alexandra Kollontái, una pionera del feminismo socialista.....	7
--	---

FEMINISMO SOCIALISTA Y REVOLUCIÓN

El comunismo y la familia	19
Mujeres combatientes en los días de la gran Revolución de Octubre	47
El Día de la Mujer	57
Autobiografía de una mujer emancipada	63

APÉNDICE

La Revolución Rusa y la liberación de la mujer trabajadora	113
---	-----

NOTAS.....	129
------------	-----

NOTA DE LOS EDITORES

Alexandra Kollontái, una pionera del feminismo socialista

Ésta es la consigna de la sociedad comunista. En nombre de la igualdad, de la libertad y del amor, hacemos un llamamiento a todas las mujeres trabajadoras, a todos los hombres trabajadores, mujeres campesinas y campesinos para que resueltamente y llenos de fe se entreguen al trabajo de reconstrucción de la sociedad humana para hacerla más perfecta, más justa y más capaz de asegurar al individuo la felicidad a la que tiene derecho.

Alexandra Kollontái, El comunismo y la familia.

La lucha por la emancipación de la mujer trabajadora desde una perspectiva marxista tiene una enorme deuda de reconocimiento y gratitud hacia un grupo de arrojadas mujeres nacidas a finales del siglo XIX. Rosa Luxemburgo, Clara Zetkin, Nadezhda Krúpskaya, Inessa Armand¹, Alexandra Kollontái y una larga lista de revolucionarias fueron capaces de superar todo tipo de obstáculos y prohibiciones para defen-

der la causa de la mujer obrera. Desde la carencia de los derechos más elementales —al voto, al divorcio, al aborto o a la posibilidad de disponer de independencia económica—, pasando por la incompreensión inicial de amplios sectores del movimiento obrero y de muchos de sus compañeros en las organizaciones y sindicatos socialdemócratas, y de no pocas mujeres de su época educadas en la sumisión, las pioneras del feminismo socialista y revolucionario abrieron una senda que hoy todavía recorremos. En todo caso, sí encontraron un terreno en el que, al menos, existía una relativa igualdad entre hombres y mujeres: la represión. Todas ellas sufrieron cárcel, exilio y persecución.

Dentro de esta constelación de combatientes, ocupa un lugar destacado por derecho propio Alexandra Kollontái. Es cierto que fue menchevique hasta junio de 1915 y que durante el proceso de degeneración burocrática de la URSS se situó junto a Stalin en el momento en que cientos de miles de comunistas eran recluidos y exterminados en las purgas, incluida la vieja guardia bolchevique. Pero a pesar de todo, Kollontái fue una firme militante del bolchevismo durante la Revolución de Octubre y los años de la guerra civil, y sus aportaciones políticas, su determinación, su lucha inagotable por romper las cadenas que la sociedad capitalista imponía a la mujer trabajadora son una gran inspiración. No fue casualidad que Kollontái perteneciera al Comité Central del Par-

tido Bolchevique antes de la insurrección de Octubre ni que posteriormente fuera miembro del primer gobierno de los sóviets.

Los primeros combates

Alexandra Mijáilovna Domontovich, conocida por el apellido de su marido, Kollontái, nació el 19 de marzo de 1872 en San Petersburgo. Hija de una familia terrateniente, pasó sus primeros años entre Rusia y Finlandia. Su ciudad natal no sólo era el núcleo industrial más importante del país, sino el escenario de las primeras acciones del movimiento obrero ruso, acercando la lucha de clases a la joven Alexandra a pesar de su origen social. Ella misma describe el papel decisivo que jugó en su evolución política la visita a una fábrica textil en 1895, donde comprobó cómo las mujeres realizaban jornadas de entre 12 y 18 horas diarias, viviendo como presas, puesto que incluso dormían en su lugar de trabajo. Sus condiciones eran tan inhumanas e insalubres, que muchas no superaban los 30 años de vida.

Aunque sus padres no tenían prejuicios respecto al acceso de la mujer a la cultura, intentaron mantenerla alejada de esas “peligrosas” ideas revolucionarias por todos los medios, hasta el punto de educarla en casa con maestros particulares. A pesar de ello, su inquietud política se desarrolló desde

temprano y fue una de sus profesoras particulares, M. Strachova, quien la acercó a las teorías *naródnikis*². Otro de sus maestros, P. Ostrogorski, alimentó su interés por el periodismo, animándola a familiarizarse con esta actividad que sería clave a lo largo de toda su vida.

Como hija de una familia privilegiada, Alexandra estaba destinada a casarse con quien sus progenitores consideraran mejor partido, siguiendo los pasos de su hermana mayor, que contrajo matrimonio muy joven con “un encopetado caballero de sesenta años³”. Esta pretensión familiar dio a la joven Kollontái la primera oportunidad de rebelarse: desafiando a sus padres, se casó muy joven y por amor con su primo Vladímir L. Kollontái, un estudiante de ingeniería de origen modesto, con quien tuvo un hijo. No fue necesario mucho tiempo para que su matrimonio la hiciera sentirse atrapada: “seguía amando aún a mi esposo, pero la dichosa existencia de ama de casa y esposa se convirtió en una especie de jaula”.⁴

Paralelamente a su alejamiento del papel que le había asignado su medio social, se produjo su acercamiento a la actividad política consciente. Tras separarse de su marido en 1896, se unió a los grupos revolucionarios de San Petersburgo, involucrándose en las sociedades culturales⁵ que, en la práctica, eran un frente más de la actividad clandestina de las organizaciones que luchaban contra el zarismo.

Todo ello le dio la oportunidad de entrar en contacto con los círculos marxistas rusos, que adquirieron un importante protagonismo a pesar de su número limitado. Si bien hacía ya tiempo que se había desprendido de las ideas naródnikis, su afiliación al Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia (POSDR)⁶ no se produjo hasta 1899.

Una revolucionaria internacionalista

Voraz lectora y estudiosa, su espíritu curioso la llevó a viajar por diferentes países europeos. En 1903 se desarrolló el II Congreso del POSDR, marcado por la polémica entre Lenin y Mártoov, y la diferenciación política entre bolcheviques y mencheviques. Kollontái se encontraba en ese momento en el extranjero y, aunque colaboró con ambas facciones, permaneció en las filas del menchevismo hasta 1915.

En 1903, el POSDR introdujo en su programa la plena igualdad de derechos entre hombres y mujeres. Asumiendo el carácter pionero del marxismo⁷ en esta cuestión, los socialdemócratas rusos inscribieron en su bandera la lucha contra la opresión de la mujer trabajadora y la necesidad de su liberación. Pero el salto de la teoría a la práctica fue más complicado y, en muchos casos, bastante turbulento.

Alexandra Kollontái, junto a otras camaradas como Clara Zetkin o Krúpskaya, jugó un papel de-

cisivo para que la socialdemocracia comprendiera la necesidad de una orientación y una propaganda específica hacia la mujer trabajadora, que precisamente por su doble opresión, de género y de clase, no se adhería con facilidad ni al Partido ni a los sindicatos. Kollontái no abogó por organizaciones separadas, puesto que comprendía que la emancipación de la mujer trabajadora sólo sería posible como parte integral de la lucha por el socialismo junto con el resto de la clase obrera. Pero esto no implicaba ignorar que eran necesarias medidas concretas destinadas a ganar a las mujeres de la clase trabajadora a la lucha revolucionaria.

Nadie les regaló nada, ni a ella ni a ninguna de las precursoras del feminismo de clase. En su autobiografía, incluida en este libro, Kollontái hace numerosas referencias a las dificultades que su trabajo y el de otras camaradas encontraron entre los hombres del POSDR, una incompreensión que, lejos de intimidarla, la animó a redoblar su militancia y tenacidad.

Siempre en primera línea de combate, sus llamamientos a la insurrección y su intenso trabajo entre las mujeres proletarias durante la revolución de 1905 y en el año 1906⁸ le supusieron una dura condena por los tribunales zaristas, por lo que huyó de Rusia. En la I Conferencia Internacional de Mujeres Socialistas, celebrada en Stuttgart en 1907, participó como miembro de la delegación rusa. En cualquier caso,

sus años de obligado exilio le dieron la oportunidad de conocer a relevantes figuras, como Kautsky⁹, Rosa Luxemburgo, Clara Zetkin o Plejánov¹⁰, y mantener, siempre que le resultaba posible, su intervención política en Rusia buscando cualquier resquicio legal. Entre octubre y diciembre de 1908, realizó más de cincuenta reuniones de mujeres en San Petersburgo bajo la cobertura de conferencias sobre higiene.

El estallido de la Primera Guerra Mundial marcó su ruptura con los mencheviques, ya que se opuso activamente a la contienda por su naturaleza imperialista al servicio de las diferentes burguesías nacionales. Como ella misma recuerda: “Entre mis propios camaradas rusos de partido [mencheviques], que también vivían en Alemania, no hallé comprensión alguna para mi postura ‘antipatriótica’. Tan sólo Karl Liebknecht¹¹ y su esposa, Sofía Liebknecht, y otros pocos camaradas alemanes mantenían mi mismo punto de vista y consideraban, como yo, que el deber de un socialista era combatir la guerra¹²”.

En junio de 1915 se afilió a los bolcheviques y apoyó sus posturas en la Conferencia de Zimmerwald¹³. Llevó su postura internacionalista y de clase a la práctica, recorriendo diversos países para hacer campaña contra la guerra. Para darnos una idea de la determinación de esta mujer, baste recordar su gira por EEUU, en la que durante cinco meses visitó ochenta y una ciudades y pronunció discursos en alemán, francés y ruso.

Destruyendo la vieja sociedad y construyendo la nueva

Al desatarse la Revolución de 1917, Kollontái regresó a Rusia en el mes de marzo, siendo la primera mujer elegida para el Comité Ejecutivo del Sóviet de Petrogrado. Apoyó a Lenin en la defensa de sus famosas *Tesis de Abril*. Pocos meses antes de octubre de 1917 había sido elegida miembro del Comité Central del Partido Bolchevique, organismo en el que votó a favor de la insurrección y de la toma del poder.

Tras el triunfo revolucionario, Kollontái fue también la primera mujer en la historia que formó parte de un gobierno, ocupando el Comisariado del Pueblo para la Salud y el Bienestar Social. Tampoco fue fácil para ella desempeñar la nueva tarea, y nuevamente tuvo que superar la resistencia de muchos hombres, miembros del Partido y de los sóviets.

Desde su nueva responsabilidad, trabajó infatigablemente por los derechos de la mujer trabajadora, por su organización práctica y su implicación en la construcción de la nueva sociedad socialista. Junto a otras y otros bolcheviques, consiguió que el nuevo Estado nacido de la revolución pusiera en marcha medidas legislativas y avances sociales hasta ese momento desconocidos: despenalización del aborto, divorcio rápido y gratuito a disposición del hombre y

de la mujer, prestaciones sociales en forma de salarios de maternidad, guarderías y hogares infantiles. Ella y otras muchas bolcheviques lucharon sin descanso por la liberación de la mujer proletaria y campesina de Rusia, aplastada por siglos de opresión y atraso. En 1918 se celebró el I Congreso Panruso de Mujeres Trabajadoras; ella fue una de las organizadoras.

Kollontái desarrolló una amplia actividad como publicista y teórica marxista en lo referente a la cuestión de la mujer y el socialismo. Uno de sus textos más sobresalientes, *El comunismo y la familia*, está incluido en este libro. Algunas de sus ideas eran también polémicas, con afirmaciones controvertidas desde un punto de vista marxista (considerar el trabajo doméstico de la mujer bajo el capitalismo como una actividad completamente improductiva) o superadas (la única fuerza laboral de los establecimientos destinados a socializar el trabajo doméstico serían sólo mujeres).

De la Oposición Obrera al estalinismo

Los inicios del joven Estado obrero estuvieron recorridos por numerosas polémicas políticas en el seno del Partido Bolchevique, siempre encaradas y resueltas de manera democrática. La guerra civil y la intervención imperialista provocaron debates en todos los terrenos: negociaciones de paz, el nuevo

Ejército Rojo, política económica... Kollontái participó en muchos de ellos, especialmente durante 1920-21. Concretamente fue muy activa en las discusiones sobre el papel de los sindicatos en la fase de transición al socialismo y sobre las condiciones de la democracia obrera en el Partido y en los sóviets en un contexto de devastación económica. Eran los años del *comunismo de guerra*¹⁴ y el final de la guerra civil. Kollontái fue una de las dirigentes de la Oposición Obrera, junto al sindicalista metalúrgico Alexander Shliápnikov.

En marzo de 1921 se celebró el X Congreso del Partido Bolchevique, en el que se enfrentaron las tres posturas que afloraron en el “célebre” debate sobre los sindicatos: la encabezada por Lenin, que obtuvo 336 votos; la liderada por Trotsky, que reunió 50 votos, y la de la Oposición Obrera, que sólo consiguió 18. En aquellos momentos extraordinariamente duros, la propia supervivencia del Estado soviético estaba amenazada. El malestar social de amplios sectores de la clase trabajadora y del campesinado se expresó en numerosas rebeliones campesinas y en el levantamiento de Kronstadt. Todos estos factores llevaron a Lenin, con el apoyo de Trotsky, a emprender un giro y adoptar la NEP (Nueva Política Económica). Pero no fue la única decisión. Las condiciones extremas de pobreza y dispersión de la clase obrera, y de cerco imperialista obligaron a adoptar una medida excepcio-

nal que tendría un carácter temporal: la prohibición de las tendencias estables dentro del Partido.

El X Congreso también aprobó una resolución que calificó a la Oposición Obrera como una desviación anarcosindicalista. Kollontái y otros veintiún militantes dirigieron entonces una protesta a la Internacional Comunista. La Internacional celebró una comisión especial presidida por Clara Zetkin para tratar este asunto y, reconociendo los graves peligros que afectaban a la Federación de Repúblicas Soviéticas, apoyó las decisiones adoptadas por el Partido Comunista ruso.

En el siguiente congreso (1922), la Oposición Obrera estaba prácticamente disuelta y Kollontái cortó toda relación con sus miembros. En 1923 pasó al servicio diplomático y fue nombrada embajadora de la Unión Soviética, convirtiéndose también así en la primera mujer de la historia que desempeñó tal tarea. Vivió en Noruega, México y Suecia. Desde esa fecha hasta 1930, año en que se posicionó públicamente a favor de Stalin, no participó en los numerosos debates desarrollados dentro del Partido. Pero no sólo permaneció callada ante la degeneración burocrática del Estado obrero; consintió, sin alzar su voz, las deportaciones, encarcelamientos y asesinatos ordenados por Stalin contra miles de militantes de la Oposición de Izquierda y de todos aquellos que defendieran la genuina democracia obrera dentro y fuera del Partido.

En 1935, Kollontái formó parte de la delegación rusa en Estocolmo que exigió la denegación del visado a León Trotsky. En 1940, cuando Trotsky fue asesinado por un agente estalinista, sólo quedaban dos miembros vivos del Comité Central del Partido Bolchevique que lideró la Revolución de Octubre de 1917: Kollontái y Stalin.

Alexandra Kollontái murió el 9 de marzo de 1952 en Moscú. Su larga vida está llena de luz y, también, especialmente durante sus últimos años, de una terrible postración ante el poder autoritario. Pero esa trayectoria contradictoria no nos impide apreciar sus aportaciones valiosas a la causa del socialismo y, muy especialmente, a la lucha por la emancipación de la mujer trabajadora.

EL COMUNISMO Y LA FAMILIA 1918

La mujer no depende ya del hombre

¿Se mantendrá la familia en un Estado comunista? ¿Persistirá en la misma forma actual? Éstas son las cuestiones que abruman en la actualidad a la mujer de la clase trabajadora y preocupan igualmente a sus compañeros, los hombres.

No debe extrañarnos que en estos últimos tiempos este problema inquiete las mentes de las mujeres trabajadoras. La vida cambia continuamente ante nuestros ojos; antiguos hábitos y costumbres desaparecen poco a poco. Toda la existencia de la familia proletaria se modifica y organiza en forma tan nueva, tan fuera de lo corriente, tan extraña, como nunca pudimos imaginar.

Y una de las cosas que mayor perplejidad produce en la mujer en estos momentos es cómo se ha facilitado el divorcio en Rusia.

De hecho, en virtud del decreto del comisario del pueblo del 18 de diciembre de 1917, el divorcio ha dejado de ser un lujo accesible sólo a los ricos; de ahora en adelante, la mujer trabajadora no tendrá que esperar meses, e incluso hasta años, para que sea fallada su petición de separación matrimonial que le dé derecho a independizarse de un marido borracho o brutal, acostumbrado a golpearla. De ahora en adelante, el divorcio se podrá obtener amigablemente dentro del período de una o dos semanas cuando mucho.

Pero es precisamente esta facilidad para obtener el divorcio, manantial de tantas esperanzas para las mujeres que son desgraciadas en su matrimonio, lo que asusta a otras mujeres, particularmente aquellas que consideran todavía al marido como el “proveedor” de la familia, el único sostén de la vida, las mujeres que no comprenden todavía que deben acostumbrarse a buscar y a encontrar ese sostén en otro sitio, no en la persona del hombre, sino en la persona de la sociedad, en el Estado.

Desde la familia genésica a nuestros días

No hay ninguna razón para pretender engañarnos a nosotros mismos: la familia normal de los tiempos pasados en la cual el hombre lo era todo y la mujer nada — puesto que no tenía voluntad propia, ni dinero propio ni tiempo del que disponer libremente —,

este tipo de familia sufre modificaciones día a día, y actualmente es casi una cosa del pasado, lo cual no debe asustarnos.

Bien sea por error o ignorancia, somos proclives a creer que todo lo que nos rodea debe permanecer inmutable, mientras todo lo demás cambia. Siempre ha sido así y siempre lo será. Esta idea es un error profundo.

Para darnos cuenta de su falsedad, no tenemos más que leer cómo vivían las gentes del pasado, e inmediatamente vemos que todo está sujeto a cambio y que no hay costumbres, ni organizaciones políticas ni moral que permanezcan fijas e inviolables.

Así pues, la familia ha cambiado frecuentemente de forma en las diversas épocas de la vida de la humanidad.

Hubo épocas en que la familia fue completamente distinta a como estamos acostumbrados a admitirla. Hubo un tiempo en que la única forma de familia que se consideraba normal era la llamada familia genésica, es decir, aquella en que el cabeza de familia era la anciana madre, en torno a la cual se agrupaban, en la vida y en el trabajo común, los hijos, nietos y bisnietos.

La familia patriarcal fue en otros tiempos considerada también como la única forma posible de familia, presidida por un padre-amo cuya voluntad era ley para todos los demás miembros de la familia.

Todavía ahora se pueden encontrar en las aldeas rusas familias campesinas de este tipo. En realidad, podemos afirmar que en esas localidades la moral y las leyes que rigen la vida familiar son completamente distintas de las que reglamentan la vida de la familia del obrero de la ciudad. En el campo existen todavía gran número de costumbres que ya no es posible encontrar en la familia proletaria urbana.

El tipo de familia, sus costumbres, etc., varían según las razas. Hay pueblos, por ejemplo los turcos, árabes y persas, entre los cuales la ley autoriza al marido el tener varias esposas. Han existido y todavía perviven tribus que toleran el uso contrario, es decir, que la mujer tenga varios maridos.

La moralidad al uso del hombre contemporáneo le autoriza para exigir de las jóvenes la virginidad hasta su matrimonio legítimo. Sin embargo, hay tribus en las que ocurre todo lo contrario: la mujer tiene a gala el haber tenido muchos amantes, y adorna brazos y piernas con brazaletes que indican el número...

Diversas costumbres, que a nosotros nos sorprenden, hábitos que podemos incluso calificar de inmorales, los practican otros pueblos con la sanción divina, mientras que, por su parte, califican de "pecaminosas" muchas de nuestras costumbres y leyes.

Por tanto, no hay ninguna razón para que nos aterricemos ante el hecho de que la familia sufra un cambio porque gradualmente se descarten vestigios

del pasado vividos hasta ahora o se implanten nuevas relaciones entre el hombre y la mujer. Solamente tenemos que preguntarnos: ¿qué es lo que ha muerto en nuestro viejo sistema familiar y qué relaciones hay entre el hombre trabajador y la mujer trabajadora, entre el campesino y la campesina? ¿Cuáles de sus respectivos derechos y deberes armonizan mejor con las condiciones de vida de la nueva Rusia? Todo lo que sea compatible con el nuevo estado de cosas se mantendrá; lo demás, toda esa anticuada morralla que hemos heredado de la maldita época de servidumbre y dominación, que era la característica de los terratenientes y capitalistas, todo eso tendrá que ser barrido conjuntamente con la propia clase explotadora, con esos enemigos del proletariado y de los pobres.

El capitalismo ha destruido la vieja vida familiar

La familia, en su forma actual, no es más que una de tantas herencias del pasado. Sólidamente unida, compacta en sus comienzos e indisoluble — tal era el carácter del matrimonio santificado por el cura —, la familia era igualmente necesaria para cada uno de sus miembros. Porque, ¿quién se habría ocupado de criar, vestir y educar a los hijos de no ser la familia? ¿Quién se habría ocupado de guiarlos en la vida? Triste suerte la de los huérfanos en aquellos tiempos; era el peor destino que pudiera tocarle a uno.

En el tipo de familia al que estamos acostumbrados, el marido es quien gana el sustento, quien mantiene a la mujer y a los hijos. La mujer, por su parte, se ocupa de los quehaceres domésticos y de criar a los hijos como le parece.

Pero, desde hace un siglo, esta forma corriente de familia ha sufrido una destrucción progresiva en todos los países del mundo en que domina el capitalismo, los países en que el número de fábricas crece rápidamente, juntamente con empresas capitalistas que emplean trabajadores.

Las costumbres y la moral familiar se forman simultáneamente como consecuencia de las condiciones generales de vida que rodean a la familia. Lo que más ha contribuido a que se modificasen las costumbres familiares de una manera radical ha sido, indiscutiblemente, la enorme expansión que ha adquirido en todas partes el trabajo asalariado de la mujer. Anteriormente, el hombre era el único sostén posible de la familia. Pero en los últimos cincuenta o sesenta años, hemos visto en Rusia (en otros países, con anterioridad) cómo el régimen capitalista obliga a las mujeres a buscar trabajo remunerado fuera de la familia, fuera de su hogar.

Treinta millones de mujeres soportan una doble carga

Como el salario del hombre, sostén de la familia, resultaba insuficiente para cubrir las necesidades de la misma, la mujer se vio obligada a buscar trabajo remunerado; la madre tuvo que llamar también a la puerta de la fábrica. Año tras año, día tras día, fue creciendo el número de mujeres pertenecientes a la clase trabajadora que abandonaban sus casas para nutrir las filas de las fábricas, para trabajar como obreras, dependientas, oficinistas, lavanderas o criadas.

Según cálculos de antes de la Gran Guerra¹⁵, sesenta millones de mujeres se ganaban la vida con su trabajo en los países de Europa y América. Durante la guerra, su número aumentó considerablemente.

La inmensa mayoría de estas mujeres estaban casadas; fácil es imaginarnos la vida familiar que podrían disfrutar. ¡Qué vida familiar puede existir donde la esposa y madre falta de casa durante ocho horas diarias, diez mejor dicho (contando el viaje de ida y vuelta)! La casa queda necesariamente descuidada; los hijos crecen sin ningún cuidado maternal, abandonados a sí mismos en medio de los peligros de la calle, en la cual pasan la mayor parte del tiempo.

La mujer casada, la madre que es obrera, suda sangre para cumplir con tres tareas que recaen sobre ella al mismo tiempo: disponer de las horas

necesarias para trabajar en alguna industria o establecimiento comercial, al igual que su marido; consagrarse después, lo mejor posible, a los quehaceres domésticos y, por último, cuidar de sus hijos.

El capitalismo ha cargado sobre los hombros de la mujer trabajadora un peso que la aplasta; la ha convertido en obrera sin aliviarla de sus labores de ama de casa y madre.

Por tanto, nos encontramos con que, a consecuencia de esta triple e insoportable carga, que con frecuencia expresa con gritos de dolor y hace asomar lágrimas a sus ojos, la mujer se agota.

Los cuidados y las preocupaciones han sido en todo tiempo destino de la mujer; pero nunca su vida ha sido más desgraciada, más desesperada que en estos tiempos bajo el régimen capitalista, precisamente cuando la industria atraviesa por un período de máxima expansión.

Los trabajadores aprenden a existir sin vida familiar

Cuanto más se extiende el trabajo asalariado de la mujer, más progresa la descomposición de la familia. ¿Qué vida familiar puede haber cuando el hombre y la mujer tienen horarios diferentes y la mujer ni siquiera dispone siquiera del tiempo necesario para guisar una comida decente para sus hijos? ¿Qué

vida familiar puede tener una familia en la que padre y madre pasan fuera de casa la mayor parte de las veinticuatro horas del día, entregados a un duro trabajo que les impide dedicar unos cuantos minutos a sus hijos?

En épocas anteriores, era completamente diferente. La madre, el ama de casa, permanecía en el hogar, se ocupaba de las tareas domésticas y de sus hijos, a quienes no dejaba de observar, siempre vigilante.

Hoy día, desde las primeras horas de la mañana hasta que suena la sirena de la fábrica, la mujer trabajadora corre apresurada para llegar a su trabajo; por la noche, de nuevo, al sonar la sirena, vuelve precipitadamente a casa para preparar la sopa y hacer las tareas domésticas indispensables. Y a la mañana siguiente, tras unas breves horas de sueño, otra vez comienza para la mujer su pesada carga. Por tanto, no puede sorprendernos el hecho de que, debido a estas condiciones de vida, se desahagan los lazos familiares y la familia se disuelva cada día más. Poco a poco va desapareciendo todo aquello que convertía a la familia en un todo sólido, todo aquello que constituía sus seguros cimientos; la familia es cada vez menos necesaria a sus propios miembros y al Estado. Las viejas formas familiares se convierten en un obstáculo.

¿En qué consistía en el pasado la fuerza de la familia? En primer lugar, en el hecho de que el ma-

rido, el padre, era quien mantenía a la familia; en segundo lugar, en que todos los miembros de la familia necesitaban el hogar por igual; y en tercer lugar, en que los hijos eran educados por los padres.

¿Qué queda actualmente de todo esto? El marido, como hemos visto, ha dejado de ser el sostén único de la familia. La mujer, que va a trabajar, se ha convertido, a este respecto, en igual a su marido. No sólo ha aprendido a ganarse la vida, sino también, con gran frecuencia, a ganar la de sus hijos y su marido. Queda todavía, sin embargo, la función de criar y mantener a los hijos mientras son pequeños. Veamos ahora qué subsiste en realidad de esta obligación.

El trabajo doméstico no es ya una necesidad

Hubo un tiempo en que las mujeres de las clases pobres, tanto en la ciudad como en el campo, pasaban toda su vida entre las cuatro paredes de su hogar. La mujer no sabía nada de lo que ocurría más allá del umbral de su casa, y en la mayoría de los casos tampoco tenía interés en saberlo. Al fin y al cabo, dentro de casa tenía muchas cosas que hacer, todas útiles y necesarias no sólo para la familia, sino también para el Estado.

La mujer hacía todo lo que hace hoy cualquier mujer obrera o campesina: guisar, lavar, limpiar la casa, reparar la ropa de la familia... Pero no sólo ha-

cía esto. Tenía, además, una serie de obligaciones que ya no tienen las mujeres de nuestro tiempo: hilar lana o lino; tejer telas y adornos, medias y calcetines; hacer encajes; ocuparse, en la medida de las posibilidades familiares, de la conservación de la carne y otros alimentos; destilar bebidas o, incluso, fabricar velas para la casa. Es difícil hacer la lista completa de todas sus labores.

Así vivieron nuestras madres y abuelas. Incluso en nuestros días, hay aldeas remotas, lejos de las líneas ferroviarias o de los grandes ríos, donde todavía se conserva ese modo de vida del pasado, en que el ama de casa está sobrecargada con múltiples tareas de las que la mujer trabajadora de las grandes ciudades o de las regiones industriales no se ocupa desde hace mucho tiempo.

El trabajo industrial de la mujer en el hogar

En los tiempos de nuestras abuelas eran absolutamente necesarios y útiles todos los trabajos domésticos de la mujer, de los que dependía el bienestar de la familia. Cuanto más se dedicaba la mujer de su casa a estas tareas, tanto mejor era la vida en el hogar, más orden y abundancia se reflejaban en la casa. Hasta el propio Estado podía beneficiarse un tanto de las actividades de la mujer como ama de casa. Porque, en realidad, la mujer de otros tiempos no se limita-

ba a preparar purés para ella o su familia, sino que sus manos elaboraban muchos otros productos, tales como telas, hilo, mantequilla, etc., que podían llevarse al mercado y ser considerados como mercancías, como cosas de valor.

Es cierto que en tiempos de nuestras abuelas y bisabuelas el trabajo no se valoraba en dinero. Pero no había ningún hombre, fuera campesino u obrero, que no buscase como compañera una mujer con “manos de oro”, expresión todavía proverbial entre el pueblo. Porque sólo los recursos del hombre, sin el trabajo doméstico de la mujer, no hubieran bastado para mantener el hogar.

En lo que se refiere a los bienes del Estado, a los intereses de la nación, coincidían con los del marido; cuanto más trabajaba la mujer en el hogar, más productos de todas clases producía: telas, cueros, lana, cuyo sobrante podía venderse en el mercado de las cercanías; consecuentemente, la “mujer de su casa” contribuía a aumentar la prosperidad económica del país.

La mujer casada y la fábrica

El capitalismo ha modificado totalmente este antiguo modo de vida. Todo lo que antes se elaboraba en el seno de la familia, se produce ahora en grandes cantidades en los talleres y fábricas. La máquina sustituyó los ágiles dedos del ama de casa. ¿Qué mujer de su

casa trabajaría hoy día en moldear velas, hilar o tejer tela? Todos estos productos pueden adquirirse en la tienda más próxima. Antes, todas las muchachas tenían que aprender a tejer sus medias; ¿es posible encontrar ahora una joven obrera que se haga las medias? En primer lugar, no hay tiempo para ello. El tiempo es oro y nadie quiere perderlo de una manera improductiva, es decir, sin obtener ningún provecho. Actualmente toda mujer de su casa, que a la vez es una obrera, prefiere comprar las medias hechas que perder el tiempo haciéndolas.

Pocas mujeres trabajadoras, y sólo en casos aislados, podemos encontrar hoy día que preparen las conservas para la familia, cuando en la tienda de comestibles de al lado de su casa pueden comprarlas perfectamente preparadas. Aun en el caso de que el producto vendido en la tienda sea de una calidad inferior, o que no sea tan bueno como el que pueda hacer un ama de casa ahorrativa en su hogar, la mujer trabajadora no tiene ni tiempo ni energías para dedicarse a todas las laboriosas operaciones que requieren esas tareas.

La realidad, pues, es que la familia contemporánea se independiza cada vez más de todos aquellos trabajos domésticos sin los cuales nuestras abuelas no habrían podido concebir la vida familiar. Lo que se producía anteriormente en el seno de la familia se produce actualmente con el trabajo común de hombres y mujeres trabajadoras en las fábricas y los talleres.

Los quehaceres individuales están llamados a desaparecer

Actualmente, la familia ya no produce; sólo consume. Las tareas esenciales del ama de casa han quedado reducidas a cuatro: limpieza (suelos, muebles, calefacción, etc.); cocina (preparación de comida y cena); lavado y cuidado de la ropa blanca¹⁶; y vestidos de la familia (remendado y repaso de la ropa). Son trabajos agotadores que consumen todas las energías y todo el tiempo libre de la mujer trabajadora, que además tiene que ir a la fábrica.

Pero los quehaceres actuales se diferencian de los de nuestras abuelas en una cosa muy importante: las cuatro tareas antes mencionadas no tienen valor ni para el Estado ni para la economía nacional, dado que no crean nuevos valores¹⁷ ni contribuyen a la prosperidad del país.

La mujer trabajadora puede pasarse todo el día, de la mañana a la noche, limpiando su casa, lavando y planchando ropa, consumiendo sus energías para conservar sus gastadas ropas en orden, matándose para preparar con sus modestos recursos la mejor comida posible pero, a pesar de sus esfuerzos, cuando termine el día no habrá creado ningún nuevo valor; sus manos infatigables no habrán creado nada que pueda ser considerado como una mercancía. Aunque

viviera mil años, todo seguiría igual para la mujer trabajadora. Todas las mañanas habría que quitar polvo de la cómoda; el marido vendría con ganas de cenar por la noche y sus chiquitines volverían siempre a casa con los zapatos llenos de barro... El trabajo del ama de casa tiene cada día menos utilidad, es cada vez más improductivo.

La aurora del trabajo doméstico colectivo

Los trabajos domésticos individuales han comenzado a desaparecer y día a día van siendo sustituidos por el trabajo doméstico colectivo, y llegará un día, más pronto o más tarde, en que la mujer trabajadora no tendrá que ocuparse de su propio hogar.

En la sociedad comunista del mañana, dichos trabajos serán realizados por una categoría especial de mujeres trabajadoras dedicadas únicamente a tales ocupaciones.

Las mujeres de los ricos hace ya mucho tiempo que viven libres de estas desagradables y fatigosas tareas. ¿Por qué tiene la mujer trabajadora que continuar con esta pesada carga?

En la Rusia soviética, la vida de la mujer trabajadora debe estar rodeada de las mismas comodidades, la misma limpieza, la misma higiene, la misma belleza, que hasta ahora constituía el ambiente de las mujeres de clase adinerada. En una sociedad comunista,

la mujer trabajadora no tendrá que pasar sus escasas horas de descanso en la cocina porque en la sociedad comunista existirán restaurantes públicos y cocinas centrales a los que podrá ir a comer todo el mundo.

Estos establecimientos han ido en aumento en todos los países, incluso dentro del régimen capitalista. En realidad, se puede decir que desde hace medio siglo aumentan en todas las ciudades de Europa; crecen como las setas después de la lluvia otoñal. Pero mientras en un sistema capitalista sólo gentes con carteras bien llenas pueden permitirse el gusto de comer en los restaurantes, en una ciudad comunista estará al alcance de todo el mundo.

Lo mismo puede decirse del lavado de la ropa y demás trabajos caseros. La mujer trabajadora no tendrá que ahogarse en un océano de porquería ni estropearse la vista remendando y cosiendo la ropa por las noches. No tendrá más que llevarla cada semana a los lavaderos centrales e ir a buscarla después lavada y planchada. De este modo, la mujer trabajadora tendrá una preocupación menos.

La organización de talleres especiales para reparar y remendar la ropa ofrecerá a la mujer trabajadora la oportunidad de dedicarse por las noches a lecturas instructivas, a distracciones saludables, en vez de pasarlas en tareas agotadoras, como hasta ahora.

Por tanto, vemos que las cuatro últimas tareas domésticas que todavía pesan sobre la mujer actual desaparecerán con el triunfo del régimen comunista.

La mujer obrera no tendrá queja porque la sociedad comunista habrá terminado con el yugo doméstico de la mujer, para así hacer su vida más alegre, más rica, más libre y más completa.

La crianza de los hijos en el régimen capitalista

¿Qué quedará de la familia cuando hayan desaparecido todos los quehaceres del trabajo doméstico individual? Todavía quedará el cuidado de los hijos. Pero, en lo tocante a esta cuestión, el Estado obrero acudirá en auxilio de la familia, sustituyéndola; gradualmente, la sociedad se hará cargo de todas aquellas obligaciones que antes recaían en los padres.

Bajo el régimen capitalista, la instrucción del niño ha cesado de ser una obligación de los padres. El niño aprende en la escuela. En cuanto el niño llega a la edad escolar, los padres respiran más libremente porque dejan de ser responsables del desarrollo intelectual de su hijo. Pero todavía tenían muchas otras obligaciones: alimentarlo, calzarlo, vestirlo y supervisar que se convirtiera en un obrero diestro y honesto que, con el tiempo, pudiera bastarse por sí mismo y ayudar a sus padres cuando llegaran a viejos.

Sin embargo, lo más habitual era que la familia obrera casi nunca pudiera cumplir enteramente estas obligaciones con respecto a sus hijos. El reducido salario del que depende la familia obrera ni siquiera le

permite dar a sus hijos lo suficiente para comer, mientras que el excesivo trabajo que recae sobre los padres les impide dedicar a la educación de la joven generación toda la atención que exige este deber. Se daba por sentado que la familia se ocupaba de la crianza de los hijos. ¿Pero lo hacía en realidad? Más justo sería decir que los hijos de los proletarios se crían en la calle. Los niños de clase obrera desconocen las satisfacciones de la vida familiar, placeres de los cuales disfrutamos todavía nosotros con nuestros padres.

Pero, además, hay que tener en cuenta que los bajos salarios, la inseguridad en el trabajo y hasta el hambre convierten frecuentemente al niño de clase trabajadora de diez años en un obrero independiente a su vez. Tan pronto como el hijo (sea chico o chica) comienza a ganar un jornal, se considera dueño de su propia persona hasta tal punto, que las palabras y consejos de sus padres dejan de causarle la menor impresión, es decir, que se debilita la autoridad de los padres y desaparece la obediencia.

A medida que van desapareciendo uno tras otro las labores domésticas de la familia, todas las obligaciones de sostén y crianza de los hijos son desempeñadas por la sociedad en lugar de por los padres. Bajo el sistema capitalista, los hijos eran con demasiada frecuencia una carga pesada e insostenible en la familia proletaria.

El niño y el Estado comunista

También en este aspecto acudirá la sociedad comunista en auxilio de los padres. En la Rusia soviética se han emprendido, gracias a los comisariados de Instrucción Pública y Bienestar Social, grandes adelantos. Se puede decir que, en este aspecto, se han hecho ya muchas cosas para facilitar la tarea de la familia de criar y mantener a los hijos.

Existen ya casas para niños lactantes, guarderías infantiles, jardines de infancia, colonias y hogares para niños, enfermerías y sanatorios para los enfermos o delicados, restaurantes, comedores gratuitos en las escuelas para los alumnos, libros de texto gratuitos, ropas de abrigo y calzado para los niños de los establecimientos de enseñanza. ¿Todo esto no demuestra suficientemente que el niño sale ya del marco estrecho de la familia, pasando la carga de su crianza y educación de los padres a la colectividad?

Los cuidados de los padres hacia sus hijos pueden clasificarse en tres grupos: 1) los que los niños requieren imprescindiblemente en los primeros tiempos de su vida; 2) los que conlleva la crianza del niño; y 3) los que necesita la educación del niño.

Respecto a la educación de los niños en escuelas primarias, institutos y universidades, se ha convertido ya en una obligación del Estado incluso en la sociedad capitalista, que también ha tenido que

cubrir, hasta cierto grado, las necesidades de la clase trabajadora mediante la creación de parques de juegos, guarderías, etc. Cuanta más conciencia tenga la clase trabajadora de sus derechos, cuanto mejor organizada esté en cualquier Estado, tanto más interés tendrá la sociedad en el problema de aliviar a la familia del cuidado de los hijos.

Pero la sociedad burguesa tiene miedo de ir demasiado lejos en lo que respecta a considerar los intereses de la clase trabajadora, y mucho más si así contribuye a la desintegración de la familia.

Los capitalistas se dan perfecta cuenta de que el viejo modelo de familia, en que la esposa es una esclava y el hombre es responsable del sostén y bienestar de todos sus miembros, es la mejor arma para ahogar los esfuerzos del proletariado hacia su libertad, para debilitar el espíritu revolucionario del hombre y de la mujer proletarios. La preocupación por lo que le pueda pasar a su familia priva al obrero de toda su firmeza, le obliga a transigir con el capital. ¿Qué no harán los padres proletarios cuando sus hijos tienen hambre?

Contrariamente a lo que sucede en la sociedad capitalista, que no ha sido capaz de convertir la educación de la juventud en una verdadera función social, en una obra del Estado, la sociedad comunista considerará como base real de sus leyes y costumbres, como la primera piedra del nuevo edificio, la educación social de la generación naciente.

No será la familia del pasado, mezquina y estrecha, con riñas entre los padres, con su interés exclusivo por sus hijos, la que moldeará el hombre de la sociedad del mañana.

El hombre nuevo, de nuestra nueva sociedad, será moldeado por las organizaciones socialistas, jardines de infancia, residencias, guarderías y muchas otras instituciones de este tipo, en las que el niño pasará la mayor parte del día y donde educadores inteligentes lo convertirán en un comunista consciente de la magnitud de esta inviolable divisa: solidaridad, camaradería, ayuda mutua y devoción a la vida colectiva.

La subsistencia de la madre, asegurada

Veamos ahora, una vez que no se precisa atender la crianza y educación de los hijos, qué quedará de las obligaciones de la familia con respecto a sus hijos, particularmente después que haya sido aliviada de la mayor parte de los cuidados materiales que conlleva el nacimiento de un hijo, o sea, a excepción de los cuidados que requiere el recién nacido cuando todavía necesita de la atención de su madre, mientras aprende a andar, agarrándose a sus faldas. En esto también el Estado comunista acude presuroso en auxilio de la madre trabajadora. Ya no existirá la madre agobiada con un chiquillo en brazos. El Estado obrero se encargará de asegurar la subsistencia a todas las

madres, estén o no legítimamente casadas, mientras amamanten a su hijo; instalará por todas partes casas de maternidad, organizará en todas las ciudades y pueblos guarderías y otras instituciones semejantes, para que la mujer pueda ser útil trabajando para el Estado mientras, al mismo tiempo, cumple sus funciones de madre.

El matrimonio dejará de ser una cadena

Las madres obreras no tienen por qué alarmarse. La sociedad comunista no pretende separar a los hijos de los padres ni arrancar al recién nacido del pecho de su madre. No tiene la menor intención de recurrir a la violencia para destruir la familia como tal. Nada de eso. Éstas no son las aspiraciones de la sociedad comunista.

¿Qué presenciamos hoy? Pues que se rompen los lazos de la gastada familia, que gradualmente la familia se va liberando de todos los trabajos domésticos que anteriormente eran otros tantos pilares que la sostenían como un todo social. ¿Los cuidados de la limpieza, etc., de la casa? También parece que han demostrado su inutilidad. ¿Los hijos? Los padres proletarios no pueden ya atender a su cuidado; no pueden asegurar ni su subsistencia ni su educación. Ésta es la situación real, cuyas consecuencias sufren por igual los padres y los hijos.

Por tanto, la sociedad comunista se acercará al hombre y a la mujer proletarios para decirles: "Sois jóvenes y os amáis. Todo el mundo tiene derecho a la felicidad. Por eso debéis vivir vuestra vida. No tengáis miedo al matrimonio, aunque el matrimonio capitalista fuese una cadena de pesares. No temáis tener hijos. La sociedad necesita más trabajadores y celebra la llegada de cada recién nacido. Tampoco tengáis preocupación por el futuro de vuestra descendencia: no conocerá el hambre ni el frío. No quedará abandonado a su suerte, como sucedía en la sociedad capitalista".

La sociedad comunista cuidará de todos los niños y les dará a ellos y a sus madres apoyo material y moral. La sociedad comunista alimentará, criará y educará al niño. Pero, al mismo tiempo, aquellos padres que deseen participar en la educación de sus pequeños, por supuesto que podrán hacerlo. La sociedad comunista se hará cargo de todas las obligaciones de la educación del niño, pero no despojará de las alegrías parentales a quienes son capaces de apreciarlas. Estos son los planes de la sociedad comunista. ¿Se puede llamar a esto destrucción violenta de la familia o separación forzosa de la madre y el hijo?

La familia como unión de afectos y compañerismo

Hay algo que no se puede negar: al viejo modelo de familia le ha llegado su hora. La culpa no la tiene el comunismo, sino que es el resultado del cambio experimentado en las condiciones de vida. La familia ha dejado de ser una necesidad para el Estado, como ocurría en el pasado.

Todo lo contrario, resulta algo peor que inútil, puesto que sin necesidad impide que las mujeres de la clase trabajadora puedan realizar un trabajo mucho más productivo y mucho más importante. Tampoco necesitan ya la familia sus miembros, puesto que la tarea de criar a los hijos, que antes le pertenecía por completo, pasa cada vez más a manos de la colectividad.

Sobre las ruinas de la vieja vida familiar, veremos pronto resurgir una nueva forma de familia que supondrá relaciones completamente diferentes entre el hombre y la mujer, basadas en una unión de afectos y camaradería, en una unión de dos personas iguales en la sociedad comunista, las dos libres, las dos independientes, las dos obreras. ¡No más “servidumbre” doméstica para la mujer! ¡No más desigualdad en el seno de la familia! ¡No más temor de la mujer a quedarse sin sostén y ayuda si el marido la abandona!

En la sociedad comunista, la mujer no dependerá de su marido, sino que serán sus robustos brazos los que le proporcionen el sustento. Se acabará con la incertidumbre sobre la suerte que puedan correr los hijos. El Estado comunista asumirá todas estas responsabilidades. El matrimonio quedará purificado de todos sus elementos materiales, de todos los cálculos de dinero que constituyen la repugnante mancha de la vida familiar de nuestro tiempo. De ahora en adelante, el matrimonio se transformará en la unión sublime de dos almas que se aman, que se profesan fe mutua; una unión de este tipo promete a todo obrero, a toda obrera, la más completa felicidad, el máximo de la satisfacción que les puede caber a criaturas conscientes de sí mismas y de la vida que les rodea.

Esta unión libre, fuerte en el sentimiento de camaradería en que está inspirada, en vez de la esclavitud conyugal del pasado, es lo que la sociedad comunista del mañana ofrecerá a hombres y mujeres.

Una vez se hayan transformado las condiciones de trabajo y haya aumentado la seguridad material de la mujer trabajadora, y una vez que el matrimonio tal y como lo consagraba la Iglesia —o sea, el llamado matrimonio indisoluble, que en el fondo no era más que un fraude— haya dejado paso a la unión libre y honesta de hombres y mujeres que se aman y son compañeros, la prostitución desaparecerá.

Se acabará para siempre la prostitución

Esta lacra, que es una vergüenza para la humanidad y un azote para las mujeres trabajadoras hambrientas, tiene sus raíces en la producción de mercancías y en la propiedad privada. Una vez que esas formas económicas hayan desaparecido, el comercio de mujeres desaparecerá automáticamente.

Por tanto, la mujer de la clase obrera no deben preocuparse por el hecho de que la familia tal y como la conocemos hoy esté llamada a desaparecer. Al contrario, deberían alegrarse por la aurora de una nueva sociedad que liberará a la mujer de la servidumbre doméstica, aliviará la carga de la maternidad pondrá fin a la terrible maldición de la prostitución.

La mujer que se involucra en la lucha por la liberación de la clase obrera debe comprender que ya no hay sitio para la vieja actitud que dice: "Estos son mis hijos; son los únicos a quienes debo toda mi atención y afecto maternales. Esos son hijos de otros; lo que les pase no es asunto mío. Bastante tengo con los míos".

Desde ahora, la madre obrera que tenga plena conciencia de su función social se elevará a tal extremo que llegará a no establecer diferencias entre "los tuyos y los míos"; tendrá que recordar siempre que desde ahora no habrá más que "nuestros" hijos, los del Estado comunista, posesión común de todos los trabajadores.

La igualdad social del hombre y la mujer

El Estado obrero tiene necesidad de una nueva forma de relación entre los sexos. El cariño estrecho y exclusivista de la madre por sus hijos tiene que ampliarse hasta dar cabida a todos los niños de la gran familia proletaria.

En vez del matrimonio indisoluble, basado en la servidumbre de la mujer, veremos nacer la unión libre fortificada por el amor y el respeto mutuo de dos miembros del Estado obrero, iguales en derechos y obligaciones.

En vez de la familia de tipo individual y egoísta, se desarrollará una gran familia universal de trabajadores, en la cual todos los trabajadores, hombres y mujeres, serán ante todo compañeros. Así serán las relaciones entre hombres y mujeres en la sociedad comunista. Estas nuevas relaciones asegurarán a la humanidad todos los goces del llamado amor libre, ennoblecido por una verdadera igualdad social entre compañeros, goces que son desconocidos en la sociedad comercial del régimen capitalista.

¡Abrid paso a la existencia de una infancia robusta y sana; abrid paso a una juventud vigorosa que ame la vida con todas sus alegrías, una juventud libre en sus sentimientos y en sus afectos!

Ésta es la consigna de la sociedad comunista. En nombre de la igualdad, de la libertad y del amor,

hacemos un llamamiento a todas las mujeres trabajadoras y campesinas, a todos los hombres trabajadores y campesinos, para que resueltamente y llenos de fe se entreguen al trabajo de reconstrucción de la sociedad humana para hacerla más perfecta, más justa y más capaz de asegurar al individuo la felicidad a que tiene derecho.

La bandera roja de la revolución social que ondeará después de Rusia en otros países del mundo proclama que no está lejos el momento en que podemos gozar de lo que la humanidad aspira desde hace siglos: el cielo en la tierra.

MUJERES COMBATIENTES EN LOS DÍAS DE LA GRAN REVOLUCIÓN DE OCTUBRE

11 DE NOVIEMBRE DE 1927

Las mujeres que tomaron parte en la gran Revolución de Octubre, ¿quiénes fueron? ¿Individuos aislados? No, fueron muchísimas, decenas, cientos de miles de heroínas sin nombre las que, marchando codo con codo con los trabajadores y los campesinos detrás de la bandera roja y la consigna de los sóviets, pasaron sobre las ruinas de la teocracia zarista hacia un nuevo futuro.

Si se mira al pasado, se las puede ver, masas de heroínas sin nombre a quienes Octubre encontró viviendo en ciudades hambrientas, en pueblos empobrecidos saqueados por la guerra... Una bufanda

sobre sus cabezas (muy raramente, todavía, un pañuelo rojo), una falda gastada, una chaqueta de invierno remendada.

Jóvenes y ancianas, trabajadoras, campesinas esposas de soldados y amas de casa pobres de ciudad. Más raramente, mucho más raramente en esos días, mujeres oficinistas y profesionales, mujeres cultas y educadas. Pero también había mujeres de la intelectualidad entre aquellas que llevaron la bandera roja a la victoria de Octubre — maestras, empleadas de oficina, jóvenes estudiantes de secundaria y universidades, doctoras—. Ellas marcharon, animadas y desinteresadamente, con un propósito. Iban donde fueran enviadas. ¿Al frente? Se ponían una gorra de soldado y se transformaban en combatientes del Ejército Rojo. Si se ponían una banda roja en el brazo, entonces se precipitaban hacia los puestos de primeros auxilios para ayudar en el frente rojo contra Kérenski en Gátchina. Trabajaron en las comunicaciones del ejército. Trabajaron animadamente, llenas del convencimiento de que algo crucial estaba ocurriendo, y de que todas somos pequeños engranajes en la gran maquinaria de la revolución.

En los pueblos, las campesinas (sus esposos habían sido enviados al frente) tomaron las tierras de los terratenientes y sacaron a la aristocracia de los nidos que habían ocupado durante siglos.

Cuando se rememoran los acontecimientos de Octubre, no se ven rostros individuales, sino masas.

Masas sin número como olas de humanidad. Pero se mire donde se mire, se ven hombres en reuniones, asambleas, manifestaciones...

Todavía no están seguros de qué es exactamente lo que quieren, qué buscan, pero saben una cosa: no tolerarán más la guerra. Tampoco quieren más terratenientes ni señores influyentes... En 1917, el gran océano de la humanidad empuja y se balancea, y una gran parte de ese océano está hecho de mujeres.

Algún día el historiador escribirá sobre las hazañas de estas heroínas anónimas de la revolución, que murieron en el frente, que sufrieron los disparos de los blancos¹⁸ y soportaron las incontables privaciones de los primeros años después de la revolución, pero que continuaron manteniendo en alto la bandera roja del poder de los sóviets y el comunismo.

Ante estas heroínas sin nombre, que murieron para lograr una nueva vida para la clase trabajadora durante la gran Revolución de Octubre, la joven república se inclina en muestra de reconocimiento, mientras su joven pueblo, animoso y entusiasta, se pone a construir las bases del socialismo¹⁹.

Sin embargo, de este océano de cabezas femeninas con pañoletas y gorros gastados, inevitablemente emergerán las figuras de esas a quienes el historiador dedicará particular atención cuando, dentro de muchos años, escriba sobre la gran Revolución de Octubre y su líder, Lenin.

La primera figura que destaca es la de la fiel compañera de Lenin, Nadezhda Konstantínovna Krúpskaya, llevando su simple vestido gris y siempre proponiéndose permanecer en segundo plano. Ella se escurría sin llamar la atención en una reunión y se colocaba detrás de una columna, pero veía y oía todo, observando todo lo que acontecía para luego poder darle un informe detallado a Vladímir Ilich, añadiendo sus acertados comentarios y arrojando luz sobre alguna sensible, pertinente y útil idea.

En esos días, Nadezhda Konstantínovna no hablaba en las numerosas y tumultuosas asambleas en las que la gente discutía alrededor del gran interrogante: ¿tomarían los sóviets el poder? Pero trabajaba incansablemente como la mano derecha de Vladímir Ilich, a veces haciendo un breve pero informativo comentario en las asambleas del Partido. En los momentos de mayores dificultades y peligros, cuando muchos camaradas de los más fuertes se descorazonaban y sucumbían ante la duda, Nadezhda Konstantínovna siempre permaneció igual, totalmente convencida de la rectitud de la causa y de su segura victoria. Irradiaba una fe inquebrantable, y esa firmeza de espíritu, oculta detrás de una modestia infrecuente, siempre tenía un efecto alentador sobre todos los que entraban en contacto con la compañera del gran líder de la Revolución de Octubre.

Otra figura emerge, la de otra fiel compañera de Vladímir Ilich, una camarada de armas durante

los difíciles años del trabajo clandestino, secretaria del Comité Central del Partido, Yelena Dmítrievna Stásova. Una intelectual clara y precisa, con una excepcional capacidad para el trabajo; una rara habilidad para indicar la persona correcta para el trabajo. Su alta, escultural figura podría ser vista primero en el Sóviet del palacio de Táurida, luego en la mansión Kshesínskaia y finalmente en el Smolny. En sus manos sostiene una libreta mientras, a su alrededor, sus camaradas de prensa del frente, obreros, guardias rojos, obreras, miembros del Partido y de los sóviets, buscan una pronta, clara respuesta u orden.

Stásova tenía a su cargo la responsabilidad de varios asuntos importantes, pero si un camarada enfrentaba necesidades o angustia en aquellos días tormentosos, ella siempre respondía dando una breve y aparentemente seca frase, pero haciendo ella misma todo lo que pudiera. Estaba desbordada de trabajo, pero siempre en su puesto. Siempre en su puesto y a la vez nunca esforzándose por destacarse. No le gustaba ser el centro de atención. Su preocupación no era ella misma, sino la causa.

Por la noble y querida causa del comunismo, Yelena Stásova sufrió el exilio y la prisión en las cárceles zaristas, y su salud quedó quebrantada... En el nombre de la causa, se volvió evasiva, tan dura como el acero. Pero hacia los sufrimientos de sus camaradas desplegaba una sensibilidad y receptividad que

sólo se encuentran en una mujer con un corazón cálido y noble.

Klavdia Nikoláieva era una obrera de orígenes muy humildes. Se unió a los bolcheviques muy pronto, en 1908, durante los años de reacción²⁰, y había soportado el exilio y la prisión... En 1917 regresó a Leningrado y se convirtió en el corazón de la primera revista para las mujeres trabajadoras, *Kommunistka* [La Comunista]. Era todavía joven, llena de ardor e impaciencia. Pero sostuvo la bandera firmemente, y con audacia declaró que las obreras, las esposas de los soldados y las campesinas debían ser atraídas al Partido. ¡Mujeres, al trabajo! ¡A la defensa de los sóviets y el comunismo!

Hablaba en las reuniones, aún nerviosa e insegura, pero atraía a otras a seguirla. Fue una de las que sostuvieron sobre sus hombros todas las dificultades que implicaba preparar el camino para la participación masiva de las mujeres en la revolución; de las que pelearon en dos frentes, para los sóviets y el comunismo y, al mismo tiempo, para la emancipación de las mujeres. Los nombres de Klavdia Nikoláieva y Konkordia Samóilova, que murió de cólera en su puesto revolucionario en 1921, están ligados de forma indisoluble con los primeros y más difíciles pasos tomados por el movimiento de las mujeres trabajadoras, particularmente en Leningrado. Konkordia Samóilova fue una trabajadora del Partido de una

generosidad sin paralelos, una magnífica y metódica oradora que sabía cómo ganar los corazones de las trabajadoras. Aquellas que trabajaron a su lado la recordarán por mucho tiempo. Era simple en sus modales, en su vestimenta, exigente en la ejecución de las decisiones, estricta, tanto consigo misma como con los demás.

Particularmente impactante es la figura de Inessa Armand, quien fue encargada de un trabajo partidario muy importante de preparación de la Revolución de Octubre, desde el cual contribuyó con muchas ideas creativas al trabajo entre las mujeres. Con toda su feminidad y gentileza de modales, era inamovible en sus convicciones y capaz de defender lo que creía correcto incluso cuando se enfrentaba a grandes oponentes. Después de la revolución, Inessa Armand se dedicó totalmente a la organización del amplio movimiento de mujeres trabajadoras; la conferencia de delegadas es su creación.

Un enorme trabajo fue realizado por Varvara Nikoláievna Yákovleva durante los difíciles y decisivos días de la Revolución de Octubre en Moscú. Mostró en las barricadas una resolución digna de un miembro de la dirección del Partido... Varios camaradas dijeron entonces que su resolución y firme coraje dieron valor a los dubitativos e inspiraron a aquellos que habían perdido la esperanza. "¡Adelante!", hacia la victoria.

Mientras se rememora a las mujeres que formaron parte de la gran Revolución de Octubre, más y más nombres y rostros se levantan como por arte de magia de la memoria. ¿Podríamos dejar de honrar hoy la memoria de Vera Slútskaia, quien trabajó desinteresadamente en la preparación de la revolución y que recibió los disparos de los cosacos en el primer frente rojo cerca de Petrogrado?

¿Podríamos olvidar a Yevguenia Bosh, con su temperamento apasionado, siempre lista para la batalla? También murió en su puesto revolucionario.

¿Podríamos dejar de mencionar aquí dos nombres cercanamente conectados con la vida y la actividad de V. I. Lenin, sus dos hermanas y camaradas en armas Anna Ilínichna Yelizárova y María Ilínichna Uliánova?

¿Y la camarada Varia, de los talleres del ferrocarril en Moscú, siempre vivaz, siempre con prisa? ¿Y Fiódorova, la trabajadora textil en Leningrado, con su agradable rostro sonriente y su temeridad cuando acudía a luchar en las barricadas?

Es imposible nombrarlas a todas, ¿y cuántas permanecen sin nombre? Las heroínas de la Revolución de Octubre fueron un ejército completo y, aunque sus nombres puedan caer en el olvido, su entrega vive en la misma victoria de esa revolución, en todos los logros y conquistas que ahora disfrutan las mujeres trabajadoras en la Unión Soviética.

Es un hecho claro e indiscutible que, sin la participación de las mujeres, la Revolución de Octubre no habría podido llevar la bandera roja a la victoria.

¡Gloria a las trabajadoras que marcharon bajo esa Divisa Roja durante la Revolución de Octubre!

¡Gloria a la Revolución de Octubre que liberó a las mujeres!

EL DÍA DE LA MUJER

1913

¿Qué es el Día de la Mujer? ¿Es realmente necesario? ¿No es una concesión a las mujeres de clase burguesa, a las feministas y sufragistas? ¿No es dañino para la unidad del movimiento obrero? Esas cuestiones todavía se oyen en Rusia, aunque ya no en el extranjero. La vida misma le ha dado una respuesta clara y elocuente a tales preguntas.

El Día de la Mujer es un eslabón en la larga y sólida cadena de la mujer en el movimiento obrero. El ejército organizado de mujeres trabajadoras crece cada día. Hace veinte años, las organizaciones obreras sólo tenían grupos dispersos de mujeres en las bases de los partidos... Ahora, los sindicatos británicos tienen más de 292,000 mujeres afiliadas; en Alemania son alrededor de 200,000 en los sindicatos y

150,000 en el Partido, en Austria son respectivamente 47,000 y 20,000. En todas partes, en Italia, Hungría, Dinamarca, Suecia, Noruega y Suiza, las mujeres de la clase obrera se están autoorganizando. El ejército de mujeres socialistas tiene casi un millón de miembros. ¡Una fuerza poderosa! Una fuerza con la que los poderes del mundo deben contar cuando se pone sobre la mesa el tema del coste de la vida, el seguro de maternidad, el trabajo infantil o la legislación para proteger a las trabajadoras.

Hubo un tiempo en que los hombres trabajadores pensaron que deberían cargar ellos solos sobre sus hombros el peso de la lucha contra el capital, pensaron que ellos solos debían enfrentarse al “viejo mundo”, sin el apoyo de sus compañeras. Sin embargo, como las mujeres de clase trabajadora entraron en las filas de quienes venden su trabajo a cambio de un salario, forzadas a entrar en el mercado laboral por necesidad, porque su marido o padre estaba en el paro, los trabajadores empezaron a darse cuenta de que dejar atrás a las mujeres, entre las filas de los “no conscientes”, era dañar su causa y evitar que avanzara. ¿Qué nivel de conciencia posee una mujer que se sienta en el fogón, que no tiene derechos en la sociedad, en el Estado o en la familia? ¡No tiene ideas propias! Todo se hace según ordena su padre o marido.

El retraso y la falta de derechos sufridos por las mujeres, su dependencia e indiferencia no benefician

a la clase trabajadora; de hecho, son un daño directo a la lucha obrera. ¿Cómo entrará la mujer en esta lucha, cómo se la despertará?

La socialdemocracia del extranjero no encontró la solución correcta inmediatamente. Las organizaciones obreras estaban abiertas a las mujeres, pero sólo unas pocas entraban. ¿Por qué? Porque al principio la clase obrera no se dio cuenta de que la mujer trabajadora es el miembro más discriminado, tanto legal como socialmente, de esa clase, de que ha sido golpeada, intimidada, acosada a lo largo de los siglos, y de que para estimular su mente y su corazón se necesita una aproximación especial, palabras que ella, como mujer, entienda. Los trabajadores no comprendieron inmediatamente de que, en este mundo sin derechos y de explotación, la mujer está oprimida no sólo como trabajadora, sino también como madre, como mujer. Sin embargo, cuando los miembros del Partido Socialista Obrero entendieron esto, hicieron suya la lucha por la defensa de las trabajadoras como asalariadas, como madres, como mujeres.

Los socialistas de cada país comienzan a demandar una protección especial para el trabajo de las mujeres, seguros para las madres y sus hijos, derechos políticos para las mujeres y la defensa de sus intereses.

Cuanto más claramente percibía el Partido obrero esta dicotomía mujer/trabajadora, más ansio-

samente las mujeres se unían al Partido, más apreciaban el rol del Partido como su verdadero defensor y más decididamente sentían que la clase trabajadora también luchaba por sus necesidades. Las mujeres trabajadoras, organizadas y conscientes, han hecho muchísimo para aclarar este objetivo. Ahora, el peso de la tarea para atraer a las trabajadoras al movimiento socialista reside en las propias trabajadoras. Los partidos de cada país tienen sus comités de mujeres, con sus secretariados y burós para la mujer. Estos comités de mujeres trabajan entre la todavía gran población de mujeres "no conscientes", aumentando la conciencia de las trabajadoras a su alrededor. También examinan las demandas y cuestiones que afectan más directamente a la mujer: protección y provisión para las embarazadas o madres con hijos, legislación del trabajo femenino, campaña contra la prostitución y el trabajo infantil, demanda de derechos políticos para las mujeres, campañas contra la subida del coste de la vida...

Así, como miembros del Partido, las mujeres trabajadoras luchan por la causa común de la clase, mientras al mismo tiempo delinear y ponen en cuestión aquellas necesidades y demandas que les afectan más directamente como mujeres, amas de casa y madres. El Partido apoya esas demandas y lucha por ellas... Esas necesidades de las mujeres trabajadoras son parte de la causa de los trabajadores como clase.

En el Día de la Mujer, las mujeres organizadas se manifiestan contra su falta de derechos. Pero algunos dicen: ¿por qué esta separación de la lucha de las mujeres? ¿Por qué hay un Día de la Mujer, panfletos especiales para trabajadoras, conferencias y mítines? ¿No es una concesión a las feministas y sufragistas burguesas? Sólo quien no comprenda la diferencia radical entre el movimiento de mujeres socialistas y las sufragistas burguesas puede pensar de esa manera.

¿Cuál es el objetivo de las feministas burguesas? Conseguir las mismas ventajas, el mismo poder, los mismos derechos en la sociedad capitalista que poseen ahora sus maridos, padres y hermanos. ¿Cuál es el objetivo de las obreras socialistas? Abolir todo tipo de privilegios que deriven del nacimiento o de la riqueza. A la mujer obrera le es indiferente si su patrón es hombre o mujer.

Las feministas burguesas demandan la igualdad de derechos siempre y en cualquier lugar. Las mujeres trabajadoras responden: demandamos derechos para todos los ciudadanos, hombres y mujeres, pero nosotras no sólo somos mujeres y trabajadoras, también somos madres. Y como madres, como mujeres que tendremos hijos en el futuro, demandamos un cuidado especial del gobierno, protección especial del Estado y de la sociedad.

Las feministas burguesas están luchando para conseguir derechos políticos. También aquí nuestros caminos se separan. Para las mujeres burguesas, los

derechos políticos son simplemente un medio para conseguir sus objetivos más cómoda y seguramente en este mundo basado en la explotación de los trabajadores. Para las mujeres obreras, los derechos políticos son un paso en el camino empedrado y difícil que lleva al deseado reino del trabajo.

Los caminos seguidos por las mujeres trabajadoras y las sufragistas burguesas se han separado hace tiempo. Hay una gran diferencia entre sus objetivos. Hay también una gran contradicción entre los intereses de una mujer obrera y las damas propietarias, entre la sirvienta y su señora... Así pues, los trabajadores no deberían temer que haya un día separado y señalado como Día de la Mujer ni que haya conferencias especiales y panfletos o prensa especial para las mujeres.

Cada distinción especial hacia las mujeres en el trabajo de una organización obrera es una forma de elevar la conciencia de las trabajadoras y acercarlas a las filas de quienes luchan por un futuro mejor. El Día de la Mujer y el lento, metódico trabajo llevado a cabo para elevar la conciencia de la mujer trabajadora no sirven a la causa de la división de la clase obrera, sino a la causa de su unión.

Dejad que un sentimiento alegre de servir a la causa común de la clase obrera y de luchar simultáneamente por la emancipación femenina inspire a las trabajadoras a unirse a la celebración del Día de la Mujer.

AUTOBIOGRAFÍA DE UNA MUJER EMANCIPADA JULIO DE 1926

Valor y finalidad de mi vida

No puede haber nada más difícil que escribir una autobiografía. ¿Qué aspectos es preciso destacar? ¿Cuáles poseen interés general? Sobre todo es recomendable escribir sinceramente y no fingir ninguna modestia convencional. Cuando una ha sido invitada a relatar hechos de su propia vida para que lo ya logrado resulte útil a la colectividad, tal medida sólo puede significar que ya se ha realizado algo positivo en la vida, una labor que ha sido reconocida por los hombres. Es, pues, lícito olvidar que se está hablando de una misma y tratar de tomar distancia frente al

propio yo, a fin de informar, del modo más objetivo posible, sobre el propio proceso evolutivo y los logros alcanzados. Tal es la tarea que ahora intento llevar a cabo. Que lo logre o no, es otra cuestión. De todos modos, debo confesar que, en cierto sentido, esta autobiografía representa un problema para mí y que, echando una mirada retrospectiva y escudriñando el futuro con cierta curiosidad, habré de representarme a mí misma los virajes más importantes de mi vida y de mi obra. Tal vez así logre poner de relieve todo aquello que, en primer término, tenga importancia para la lucha de liberación de la mujer y otros problemas sociales de interés general.

Ya desde mi primera juventud era consciente de que bajo ningún concepto podía organizar mi vida según el modelo estereotipado y que, a fin de poder determinar la verdadera orientación que pretendía, tenía que elevarme por encima de mí misma. Era asimismo consciente de que obrando así ayudaría a mis compañeras a organizar su vida no de acuerdo a las tradiciones preestablecidas, sino según su propio y libre criterio electivo. Sólo en la medida, claro está, en que lo permitan las circunstancias sociales y económicas. Aún creía que vendría un tiempo en que la mujer sería juzgada con las mismas medidas morales que el hombre. Pues no es su virtud específicamente femenina lo que le confiere un puesto de honor en la sociedad humana, sino el valor del trabajo útil

que haya desempeñado, el valor de su personalidad como ser humano, como ciudadana, como pensadora, como luchadora.

Subconscientemente, este motivo constituye la fuerza motriz de toda mi vida y obra. Seguir mi camino, trabajar, luchar, crear codo con codo con los hombres y aspirar a un objetivo universal humano (hace ya casi treinta años que me cuento entre los comunistas), construyendo al mismo tiempo mi vida personal e íntima como mujer, según mi propia voluntad y las leyes innatas de mi naturaleza; tales son los postulados que han condicionado mi ideario. Y lo he logrado; he organizado mi vida íntima de acuerdo con mis propios principios, sin disimular ya más mis vivencias amorosas como lo hace el hombre. Pero sobre todo no he dejado nunca que mis sentimientos, alegrías o penas amorosas, ocupen el primer lugar en mi vida, pues en el plano principal se hallaban siempre el trabajo, la actividad y la lucha.

Logré convertirme en miembro de un gabinete gubernamental, del primer gabinete bolchevique en los años 1917 y 1918, y soy la primera mujer que fue nombrada embajadora, desempeñó ese cargo durante tres años y se retiró del mismo por voluntad propia. Bien puede servir esto como prueba de que la mujer es perfectamente capaz de elevarse por encima de las ataduras convencionales de la época. La Guerra Mundial, el espíritu agitado y revolucionario

que actualmente domina el mundo en todos los planos, ha contribuido en gran medida a despojar de su posición privilegiada a la moral ambigua, doble, malsana y sobrecargada. Ya estamos acostumbrados a no plantear demasiadas exigencias, por ejemplo en el campo de su vida conyugal, a las actrices y mujeres que ejercen profesiones liberales. Pero la diplomacia constituye una casta que, más que todas las otras, conserva sus antiguos usos, costumbres, tradiciones y, sobre todo, su estricto ceremonial.

El que una mujer, una mujer “libre” e independiente fuera admitida entre sus miembros sin ninguna oposición demuestra que ha llegado el tiempo en que todos los seres humanos son uniformemente valorados según su capacidad de trabajo y su dignidad universal humana. Cuando fui nombrada embajadora rusa en Oslo, me di cuenta de que no sólo había conseguido una victoria para mí, sino para las mujeres en general, y una victoria sobre su peor enemigo, o sea, la moral convencional y las concepciones conservadoras del matrimonio. Cuando en ocasiones me decían que era realmente extraordinario que una mujer hubiera sido llamada a ocupar un puesto de tanta responsabilidad, yo siempre pensaba que, en última instancia, la victoria principal para la liberación de la mujer no radica en este hecho específico, sino que posee una importancia totalmente distinta el que una mujer como yo, que ha saldado cuentas

con la moral ambigua y no lo disimuló nunca, hubiera sido introducida en los círculos de una casta que, aún hoy, postula con especial énfasis la tradición y la moral hipócrita y falsa.

Así pues, el ejemplo de mi vida puede servir para expulsar también el viejo fantasma de la doble moral de la vida de las otras mujeres, y es este un punto importante de mi propio ser, que posee cierto valor de orden sociofisiológico y contribuye en algo a la lucha de liberación de las mujeres trabajadoras.

Pero, a fin de evitar cualquier malentendido, debo decir aquí que aún estoy lejos de aquel tipo de mujer totalmente nueva, que asume sus experiencias femeninas de manera relativamente ligera y, casi diríamos, dichosamente superficial, cuyos sentimientos y energía anímica están dirigidos a todas las otras cosas de la vida, y no sólo a las sensaciones de tipo amoroso-sentimental. Todavía pertenezco a la generación de mujeres que crecieron en el viraje crítico de la historia.

El amor, con sus muchas desilusiones, con sus tragedias y eternas exigencias de dicha completa, todavía desempeñó un papel muy importante en mi existencia. ¡Un papel muy, muy grande! Pues por él se consumieron, sin resultados y en último término sin valor alguno, mucho tiempo y energía preciosos. Nosotras, las mujeres de la generación pasada, aún no sabíamos ser libres. Era un derroche realmente

increíble de nuestra energía espiritual y un menosprecio de nuestra fuerza de trabajo, que se diluía en vivencias sentimentales improductivas. Sin duda es verdad que nosotras, tanto yo como muchas otras camaradas activas, luchadoras y trabajadoras, supimos no concebir el amor como el objetivo principal de nuestras vidas y asignar al trabajo un puesto central en ellas. Sin embargo, ¡cuánto más habríamos podido hacer y alcanzar si toda nuestra energía no se hubiese dispersado en la eterna lucha con el propio yo y con los sentimientos frente a otra persona! En realidad, se trataba de una eterna lucha defensiva contra la intromisión del hombre en nuestro yo, una lucha que se resolvía en la disyuntiva: trabajo o matrimonio y amor.

Nosotras, la generación antigua, aún no comprendíamos, como hacen la mayoría de los hombres —y es algo que también aprenden hoy las mujeres jóvenes—, cómo adaptar armoniosamente el trabajo y el deseo amoroso de modo que el trabajo siga siendo el objetivo principal de la existencia. Nuestro error consistía en que siempre creíamos haber hallado al único hombre en la persona a la que amábamos, aquél con quien creemos poder fundir nuestra propia alma y que está dispuesto a reconocernos plenamente como energía espiritual-corporal. Pero las cosas siempre salían de otra manera, pues el hombre intentaba siempre imponernos su propio yo y adap-

tarnos a él por entero. Y es así como surgió en todas la constante e inevitable insurrección interior; el amor se convirtió en una cadena. Nos sentíamos esclavizadas y tratábamos de aflojar los lazos del amor. Y tras la lucha, eternamente repetida, con el hombre amado, nos separábamos y corríamos al encuentro de la libertad. Una vez más volvíamos a sentirnos solas, infelices, apartadas, pero libres... libres para el trabajo deseado y elegido...

Felizmente, la juventud, la última generación, no tendrá ya que emprender nuestra lucha estéril y totalmente innecesaria para la comunidad humana. Sus fuerzas y su energía laboral serán ahorradas con miras a su productividad. De este modo, los impedimentos se convertirán en acicates.

Es indispensable que cuente algo sobre mi propia vida privada. Mi niñez fue, juzgada desde una perspectiva exterior, muy dichosa. Mis padres pertenecían a la antigua nobleza rusa. Fui la única hija del segundo matrimonio de mi madre (era divorciada y yo nací fuera del matrimonio, siendo luego adoptada). La pequeña, la más mimada y acariciada. Quizá por ello surgió en mí, a una edad muy temprana, un sentimiento de protesta contra todo lo que me rodeaba. Hacían demasiadas cosas para verme feliz y yo no tenía libertad de movimiento ni en mis juegos infantiles ni en mis deseos. Pero al mismo tiempo quería ser libre, quería desear por mí misma, ir for-

mando yo misma mi pequeña vida. Mis padres eran personas adineradas. En casa no había lujos, pero nunca supe lo que significaba renunciar. Pero veía cómo otros niños sí tenían que renunciar. A este respecto, los que más me apenaban eran los pequeños campesinos, por entonces mis compañeros de juego (vivíamos casi siempre en el campo, en la finca de mi abuelo, que era finlandés).

Desde pequeña criticaba la injusticia de los adultos, pareciéndome una contradicción evidente el que a mí me ofrecieran todo y a los otros niños les negaran tantas cosas. Mi crítica se fue agudizando con los años, y creció el sentimiento de protesta contra las diversas formas de vivir que veía en mi entorno. Tempranamente adquirí clara conciencia de las injusticias sociales que imperaban en Rusia. Nunca fui enviada a la escuela porque mis padres vivían constantemente preocupados por mi salud y no podían soportar la idea de que, como todos los demás niños, pasara algunas horas al día alejada de casa. Tal vez mi madre sintiera también cierta aversión ante las influencias liberadoras con las que hubiera podido tomar contacto en el colegio, pues le parecía que mi capacidad crítica se hallaba ya bastante desarrollada. Fue así como mi educación transcurrió en la casa paterna, bajo la dirección de una profesora inteligente y experimentada que estaba vinculada a las capas revolucionarias de Rusia. Con ella, la señora María

Strájova, tengo una deuda de gratitud inmensa. Apenas cumplí dieciséis años (el año 1888), pasé mi examen de bachillerato y, a partir de entonces, tuve que llevar la vida de “una joven dama de sociedad”. Si bien mi educación se desarrolló de manera especial y generó en mí más de un defecto (durante años fui tímida y muy torpe en la vida práctica), es preciso decir también que mis padres no fueron en absoluto personas reaccionarias. Al contrario, para su época eran incluso progresistas. Pero, frente a la niña y a la joven, conservaban sus rancias tradiciones.

Mi primera lucha enconada contra estas tradiciones empezó en el campo del matrimonio. Estaba llamada a ser un “buen partido” y mi madre tenía intenciones de casarme a edad temprana. Mi hermana mayor había contraído matrimonio a los diecinueve años con un encopetado caballero de casi setenta años. Yo me rebelé contra esta “unión por conveniencia” venal y racional. Quería casarme por amor, movida “por una gran pasión”. Contra la voluntad de mis padres, muy joven aún, elegí a mi primo, un ingeniero joven y sin medios cuyo apellido, Kollontái, todavía llevo hoy día. Mi apellido de soltera era Domontovich. La felicidad de mi matrimonio duró apenas tres años.

Tuve un hijo. Pero aunque yo misma lo eduqué con gran empeño, la maternidad no fue nunca el punto central de mi existencia. Un hijo no logró

hacer indisolubles los lazos de mi matrimonio. Yo seguía amando aún a mi esposo, pero la dichosa existencia de ama de casa y esposa se convirtió en una especie de “jaula”.

Mis simpatías y mis intereses se dirigían cada vez más al movimiento obrero revolucionario de Rusia. Leía mucho, estudiaba asiduamente todos los problemas sociales, asistía a conferencias y trabajaba en sociedades semilegales para la enseñanza popular. Eran los años del florecimiento del marxismo en Rusia (1893-96). Por entonces, Lenin no era más que un principiante en el campo literario y revolucionario. Plejánov era la mente dirigente de la época. La concepción materialista del mundo me resultaba familiar; desde mi juventud me sentí atraída por la escuela realista, era una entusiasta seguidora de Darwin y Bölsche²¹.

Una visita a la conocida fábrica textil de Krenholm, en la que trabajaban 15,000 obreros y obreras, decidió mi destino. No podía llevar una vida feliz y pacífica si el pueblo obrero era esclavizado de forma tan inhumana. Tenía que ingresar en dicho movimiento. Entonces surgieron diferencias con mi marido, quien interpretó mis inclinaciones como terquedad personal, como algo dirigido contra él. Abandoné a mi esposo e hijo y viajé a Zúrich, a fin de estudiar economía política con el profesor Heinrich Herkner²². Así comenzó mi vida consciente y entre-

gada a los objetivos revolucionarios del movimiento obrero. Cuando en 1899 regresé a San Petersburgo — hoy Leningrado —, me afilié al Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia, por entonces en la ilegalidad. Trabajé como escritora y propagandista.

La suerte de Finlandia ejercía sobre mí una atracción muy especial, puesto que su independencia y relativa libertad eran amenazadas por la política reaccionaria del régimen zarista a finales de los años noventa. Tal vez fueran las impresiones que durante mi niñez recibí en la finca de mi abuelo las que me atraían de manera tan especial hacia Finlandia. Pasé a tomar parte activa en el movimiento de liberación del país. De este modo, mi primer gran trabajo científico en el área de la economía política fue una amplia investigación sobre la vida y condiciones de trabajo del proletariado finlandés en relación con la industria. Este libro se publicó en 1903 en San Petersburgo. Por la misma época murieron mis padres; mi esposo y yo vivíamos separados hacía tiempo y sólo mi hijo quedó a mi cuidado.

Entonces tuve la posibilidad de consagrarme por entero a mi objetivo: el movimiento revolucionario de Rusia y el movimiento obrero de todo el mundo. Amor, matrimonio, familia, todos eran fenómenos subordinados y pasajeros. Estaban allí, y de hecho se han seguido infiltrando continuamente en mi vida; pero por grande que fuera el amor por mi

esposo, en cuanto transgredía ciertas fronteras vinculadas con el espíritu de sacrificio femenino, el sentimiento de protesta volvía a estallar en mí. Tenía que irme, tenía que romper con el hombre de mi elección, de lo contrario (y este sentimiento era inconsciente en mí) me habría expuesto al peligro de perder mi propio yo. Asimismo es preciso decir que ninguno de los hombres que han estado a mi lado ha ejercido una influencia orientadora sobre mis inclinaciones, aspiraciones o concepción del mundo. Al contrario, generalmente era yo la guía. Y mi concepción de la vida y mi línea política las formé a partir de la vida misma y de un trabajo ininterrumpido con los libros.

El año 1905, fecha en que estalló la llamada primera revolución en Rusia tras el célebre Domingo Sangriento²³, ya me había hecho un nombre en el campo de la literatura económica y social. Y en aquellos tiempos turbulentos, en los que todas las fuerzas fueron consumidas en aras de la rebelión, se puso de manifiesto que había alcanzado gran popularidad como oradora. Sin embargo, en esa época tomé por primera vez conciencia de lo poco que nuestro partido se interesaba por el destino de las mujeres de la clase trabajadora y por la liberación de la mujer. Cierto que ya había en Rusia un movimiento femenino burgués bastante fuerte; pero mi concepción marxista del mundo me indicaba con absoluta claridad que la liberación de la mujer sólo podía ocurrir

como resultado del triunfo de un orden social nuevo y un sistema económico distinto. Así pues, intervine abiertamente en la lucha entre las defensoras de los derechos de la mujer rusa, procurando con todas mis fuerzas que el movimiento obrero adoptara también el problema de la mujer como uno de los objetivos de lucha de su programa. Fue muy difícil ganar a mis colegas del Partido para esta idea. Me encontré totalmente aislada con mis ideas y pretensiones. No obstante, entre los años 1906 y 1908 logré convencer de mis planes a un pequeño grupo de mujeres del Partido. En 1906 escribí en la prensa ilegal un artículo en el que por primera vez planteaba la necesidad de organizar el movimiento obrero en Rusia mediante una labor partidista metódica. En el otoño de 1907 abrimos el primer club de trabajadoras. Muchas de las integrantes de este club, obreras a la sazón muy jóvenes, ocupan hoy puestos de responsabilidad en la nueva Rusia y en el Partido Comunista ruso (K. Nikoláieva, Marie Burkó, etc.).

Mi actividad mancomunada con las trabajadoras, y en especial mis escritos políticos, uno de los cuales era un opúsculo sobre Finlandia y contenía un llamamiento a levantarse en armas contra la Duma zarista, suscitaron un proceso contra mi persona que habría significado varios años de prisión. Tuve que desaparecer inmediatamente y nunca más volví a ver mi casa. Mi hijo fue acogido por unos buenos amigos

y mis pequeños enseres fueron liquidados. Quedé “fuera de la ley”. Fue una época de penosos trabajos y fatigas. El primer congreso de mujeres de toda Rusia, convocado por las defensoras burguesas de los derechos femeninos, debía tener lugar en diciembre de 1908. La reacción había cobrado nuevas fuerzas por entonces y el movimiento obrero volvió a ser aplastado tras la primera victoria de 1905. Muchos camaradas del Partido fueron encarcelados, otros huyeron al extranjero.

Una vez más estalló la lucha candente entre las dos facciones del POSDR: los bolcheviques y los mencheviques. En 1908 yo pertenecía a los mencheviques porque la postura de los bolcheviques frente a la Duma, un pseudoparlamento convocado por el zar para calmar los espíritus insurrectos de la época, me obligaba a ello. Con los mencheviques defendí la tesis de que incluso un pseudoparlamento debía ser utilizado como tribuna para nuestro partido y que las elecciones a la Duma deberían emplearse como instrumento de unificación de la clase trabajadora. Sin embargo, difería de los mencheviques en lo tocante a la coordinación de las fuerzas trabajadoras con las liberales para acelerar el derrocamiento del absolutismo. Respecto a esto yo pertenecía realmente a la izquierda radical y hasta fui calificada de “sindicalista” por mis camaradas de partido.

Mi postura frente a la Duma me llevó, como es lógico, a considerar inútil el aprovechamiento del

primer congreso de mujeres burguesas para los fines de nuestro partido. No obstante, procuré que aquellas de entre nuestras trabajadoras que iban a participar en aquel congreso se presentasen como grupos separados e independientes. No sin resistencias, logré llevar a cabo este proyecto. Mis camaradas de partido nos acusaron, a mí y a mis correligionarias, de ser “feministas” y conceder excesiva importancia a nuestros asuntos de mujeres. En aquella época aún no sabían valorar en absoluto el extraordinario papel que les correspondía a las trabajadoras, a las mujeres económicamente independientes, en la lucha política. De una forma u otra, acabamos por imponer nuestra voluntad. Un grupo de trabajadoras se presentó en el congreso de San Petersburgo con un programa propio y trazó una clara línea divisoria entre las defensoras de los derechos de la mujer burguesa y el movimiento de liberación de las mujeres de la clase obrera en Rusia. Sin embargo, yo tuve que huir antes de la clausura del congreso, pues la policía había dado con mi pista. Logré cruzar la frontera y llegar a Alemania, iniciándose así, en diciembre de 1908, un nuevo período de mi vida: la emigración política.

Los años de la emigración política

Como refugiada política viví a partir de entonces en Europa y en América hasta la caída del zarismo, en

1917. En cuanto llegué a Alemania después de mi huida, me afilié al Partido Socialdemócrata Alemán; en él tenía muchos amigos personales, entre los que se cuentan, de manera especial, Karl Liebknecht, Rosa Luxemburgo y Karl Kautsky. Clara Zetkin también influyó notablemente en mis gestiones para el establecimiento de los postulados fundamentales del movimiento de trabajadoras en Rusia.

En 1907 ya había participado como delegada de Rusia en la I Conferencia Internacional de Mujeres Socialistas, celebrada en Stuttgart. La sesión se llevó a cabo bajo la presidencia de Clara Zetkin y contribuyó muchísimo al desarrollo del movimiento de trabajadoras en líneas marxistas. Como escritora especializada en temas sociales y políticos, me puse a disposición de la prensa del Partido, aunque también fui sumamente solicitada como oradora por el partido alemán, y trabajé como propagandista del mismo desde el Palatinado hasta Sajonia, desde Bremen hasta el sur de Alemania. Sin embargo, no ocupé ningún cargo dirigente ni en el partido ruso ni en el alemán. Mirándolo bien, era fundamentalmente una “oradora popular” y una escritora política de renombre.

En el partido ruso —y ahora puedo confesarlo abiertamente— me mantuve intencionadamente a cierta distancia del centro dirigente, cosa que en gran parte se debe a que no estaba del todo conforme con la política de mis camaradas. Sin embargo, no quería,

o quizás no podía, pasarme al campo bolchevique, ya que por entonces me pareció que no ponían suficiente empeño en el desarrollo del movimiento obrero “en amplitud y en profundidad”. Por ello trabajaba por mi cuenta, casi podría parecer que en un segundo plano y sin aspirar a ningún cargo dirigente.

Creo conveniente añadir aquí que, si bien poseía cierta ambición, como todo ser humano activo, nunca me he visto impulsada por el deseo de obtener “un puesto”. Siempre me ha parecido menos valioso “lo que soy” que “lo que puedo”, lo que estoy en condiciones de realizar. En este plano se desenvolvía también mi ambición, que se hacía notar especialmente allí donde luchaba con toda mi alma y todo mi corazón y era preciso **contrarrestar la esclavización de las mujeres trabajadoras**. Me había impuesto ante todo la tarea de ganar a las obreras en Rusia para la causa del socialismo y, al mismo tiempo, trabajar por la liberación de la mujer, por su igualdad de derechos.

Poco antes de mi huida de Rusia apareció mi libro ***El fundamento social del problema femenino***, una polémica con las defensoras de los derechos de la mujer burguesa, pero al mismo tiempo una exhortación al Partido para que ayudase a cristalizar el movimiento de trabajadoras en Rusia. El libro tuvo éxito. Por entonces escribía en la prensa legal y en la ilegal, e intentaba, mediante el intercambio epistolar, influir en los camaradas del Partido y sobre las propias tra-

bajadoras, exigiéndole siempre al Partido que interviniera a favor de la liberación de la mujer. Esta tarea no me resultaba siempre fácil: en mi camino surgían constantemente, como una traba, mucha resistencia pasiva, poca comprensión y un interés aún menor por tal objetivo.

Sólo en el año 1914, poco antes del estallido de la guerra mundial, empezaron ambas facciones —mencheviques y bolcheviques— a considerar el problema de manera seria y práctica, hecho que incidió en mí casi como un elogio personal. En Rusia se fundaron dos revistas para obreras y se celebró el Día Internacional de las Trabajadoras el 8 de marzo de 1914. Pero yo seguía viviendo en el exilio y sólo podía colaborar desde lejos con el tan querido movimiento de obreras de mi patria. Incluso a distancia, guardaba estrecha vinculación con las trabajadoras de Rusia, y ya unos años antes había sido designada representante oficial del sindicato textil y de costureras en la II Conferencia Internacional de Mujeres Socialistas (1910), así como también en el Congreso Socialista Internacional extraordinario de Basilea (1915).

Más tarde, cuando presentaron en el pseudo-parlamento ruso (la Duma) un proyecto de ley sobre seguridad social, la fracción socialdemócrata de la Duma (el ala menchevique) me encargó elaborar un proyecto de ley sobre protección de la maternidad.

No era la primera vez que dicha fracción utilizaba mis servicios para efectuar un trabajo legislativo. Ya antes de partir a mi exilio forzoso fui consultada, en calidad de profesional, sobre el tratamiento que debía darse al problema de Finlandia en la Duma imperial.

La tarea que había recibido —estructurar un proyecto de ley en el campo de la protección a la maternidad— me indujo a estudiar a fondo este problema especial. La Liga para la Protección de la Maternidad y la extraordinaria labor de la doctora Helene Stöcker²⁴ me proporcionaron valiosos estímulos; sin embargo, estudié el problema también en Inglaterra, Francia y los países escandinavos. Como resultado de estas investigaciones apareció mi libro *Maternidad y sociedad*, un amplio estudio de 600 páginas sobre la protección de la maternidad y las legislaciones pertinentes en Europa y Australia. Las disposiciones y reivindicaciones básicas en este campo, resumidas por mí al final de mi libro, fueron atendidas posteriormente en la primera legislación sobre seguridad social promulgada en 1917 por el gobierno soviético.

Los años de la emigración política fueron para mí años agitados y llenos de actividad. Viajaba de país en país como oradora del Partido. En 1911 participé en la huelga de las amas de casa, la *grève des ménagères*, dirigida contra la carestía de la vida en París. En 1915 colaboré, en Bélgica, en la preparación de la huelga de los mineros de Borinage, y aquel mismo

año, la Liga Juvenil Socialista de Suecia, de orientación izquierdista, me envió a reforzar las tendencias antimilitaristas del Partido. Algunos años antes, y esto es algo que conviene recuperar, combatí en las filas del Partido Socialista Británico (BSP), junto a Dora Montefiore²⁵ y la señora Koeltsch, contra las sufragistas inglesas y por la consolidación del movimiento de trabajadoras socialistas, a la sazón todavía joven. En 1913 me encontraba de nuevo en Inglaterra. Esta vez para tomar parte activa en las protestas contra el conocido caso Beilis, auspiciado en Rusia por los antisemitas²⁶, y en la primavera del mismo año, el ala izquierda de la socialdemocracia suiza me invitó a trasladarme a su país.

Estos fueron, de hecho, años agitados en los que desarrollé las actividades más diversas. Sin embargo, mis camaradas rusos utilizaron también mis servicios como delegada en los congresos de los partidos y sindicatos socialistas. Fue así como, con la ayuda de Karl Liebknecht, organicé en Alemania una acción a favor de los miembros socialistas de la Duma que habían sido deportados. En 1911 me llegó una invitación de la escuela del partido ruso en Bolonia, donde pronuncié una serie de conferencias. El actual ministro de Instrucción Pública en la Rusia soviética, A. Lunacharski, Máximo Gorki, así como el conocido filósofo y economista ruso A. Bogdánov,²⁷ fueron los fundadores de esta escuela del Partido y, casi en la

misma época que yo, Trotsky pronunció allí algunas conferencias. También el actual ministro soviético de Asuntos Exteriores, Gueorgui Chicherin, que por entonces trabajaba como secretario de una oficina de ayuda a refugiados políticos, me invitó repetidas veces a dar conferencias sobre los problemas culturales más diversos de la vida rusa, a fin de aumentar así las exiguas existencias de la caja de socorro. Por encargo suyo recorrí toda Europa, aunque establecí mi centro de operaciones en Berlín. Me sentía bien en Alemania y siempre he apreciado mucho las condiciones favorables que allí se dan para el trabajo científico. Pero no podía hablar en Prusia; al contrario, tenía que guardar el máximo silencio posible para no ser expulsada por la policía prusiana.

Entonces estalló la guerra mundial y mi vida volvió a tomar un nuevo rumbo. Pero antes de hablar sobre este importante período de mi existencia espiritual, quisiera decir algunas palabras sobre mi vida personal. Cabe preguntarse si, en medio de todas las tensiones y diversidad de los trabajos y tareas del Partido, aún podía yo encontrar tiempo para experiencias de tipo íntimo, para las penas y alegrías del amor. ¡Lamentablemente sí! Y digo lamentablemente porque estas experiencias conllevaban por lo general demasiadas preocupaciones, desilusiones y pesares, y porque en ellas se consumían inútilmente demasiadas energías. No obstante, el deseo de ser compren-

dida por un ser humano hasta el ángulo más profundo y secreto de la propia alma, de ser reconocida por él como un ser humano con ambiciones, acababa por dar siempre la pauta. Y una vez más seguía, con excesiva celeridad, la desilusión, pues el amigo sólo veía en primer término lo femenino, que él intentaba convertir en dócil caja de resonancia de su propio yo. Tarde o temprano, pues, llegaba la hora en que, con dolor de corazón pero con una voluntad inquebrantable, tenía que romper la cadena de la vida en común. Luego volvía a estar sola. Pero cuantas mayores exigencias me planteaba la vida, cuanto mayor era la responsabilidad en el trabajo, mayor se hacía también el deseo de sentir amor, calor y comprensión a mi alrededor. Y más fácilmente empezaba la vieja historia de la desilusión amorosa, la vieja historia de Titania en *El sueño de una noche de verano*.

Cuando la guerra estalló me hallaba en Alemania. Mi hijo estaba conmigo. Ambos fuimos detenidos porque mis documentos no estaban en regla. Durante el registro de la casa, la policía encontró una carta del POSDR nombrándome delegada al congreso socialista mundial. Y al punto los señores de la Alexanderplatz adoptaron una actitud de extrema amabilidad; pensaban que una socialdemócrata no podía simpatizar con el zar y, por consiguiente, tampoco era enemiga de Alemania. Tenían razón. En efecto, yo no era enemiga de Alemania y menos aún

una patriota rusa. La guerra me parecía una monstruosidad, una locura, un crimen y, obedeciendo más a mis impulsos que a mi raciocinio, no la reconocí desde el primer instante, y hasta la fecha nunca he logrado reconciliarme con ella.

El fervor de los sentimientos patrióticos me ha sido siempre extraño; al contrario, sentía un constante rechazo por todo lo que fuera patriotismo acentuado. Entre mis propios camaradas de partido rusos, que también vivían en Alemania, no hallé comprensión alguna para mi postura “antipatriótica”. Tan sólo Karl Liebknecht, su esposa, Sofía Liebknecht, y otros pocos camaradas de partido alemanes compartían mi punto de vista y consideraban, como yo, que el deber de un socialista era combatir la guerra. De casualidad asistí el 4 de agosto a la votación del presupuesto de guerra en el Reichstag²⁸. La derrota del Partido socialista alemán me pareció una calamidad sin paralelo. Me sentía totalmente sola y sólo hallaba consuelo en la compañía de los dos Liebknecht.

Con la ayuda de algunos camaradas alemanes, en el otoño de 1914 mi hijo y yo logramos abandonar Alemania y trasladarnos a Escandinavia. No abandoné Alemania porque hubiera percibido algún signo de frialdad frente a mi persona, sino porque al carecer allí de un auténtico radio de acción habría tenido que permanecer inactiva. Ardía en deseos de iniciar la lucha contra la guerra. Llegada al territorio neu-

tral sueco, comencé inmediatamente mis actividades antibélicas y a favor de la solidaridad internacional de la clase trabajadora del mundo. Un llamamiento a las mujeres obreras siguió, ilegalmente, su curso hacia Rusia y muchos otros países. En Suecia escribí y pronuncié discursos contra la guerra. Hablé en manifestaciones públicas que, en su mayoría, habían sido convocadas por los mundialmente conocidos líderes suecos de izquierda Zeth Höglund y Fredrik Ström. En ellos encontré un eco perfecto a mis ideas y sentimientos, y nos unimos en el trabajo común por el triunfo del internacionalismo contra la alienación bélica. Sólo más tarde supe qué postura habían adoptado las cabezas dirigentes del POSDR frente a la guerra. Cuando por fin nos llegaron noticias a través de París y de Suiza, vivimos un día de dicha inefable: tuvimos la certeza de que tanto Trotsky como Lenin, si bien pertenecían a distintas facciones del Partido, se habían levantado en lucha contra el patriotismo social. Ya no me sentía “aislada”. En el Partido se procedió a una reagrupación: los internacionalistas y los “socialpatriotas”. En París se fundó asimismo un periódico del Partido.

Sin embargo, en medio del ajetreo laboral fui detenida por las autoridades suecas y llevada a la prisión de Kungsholm. Y lo peor de esta detención era que me habían dado en custodia los documentos de identidad de un buen amigo y camarada de parti-

do, Alexandr Shliápnikov, que también había pasado de Rusia a Suecia ilegalmente. Bajo la mirada de los policías, logré ocultar esos documentos en mi blusa y hacerlos desaparecer. De la prisión de Kungsholm fui trasladada a la cárcel de Malmö y, más tarde, expulsada a Dinamarca. Hasta donde he podido saber, fui la primera socialista de Europa en ser encarcelada por realizar propaganda antibélica.

En Dinamarca proseguí mi trabajo, aunque con mucha mayor cautela. No obstante, la policía danesa no me dejaba en paz. Los socialdemócratas daneses tampoco eran favorables a los internacionalistas. En febrero de 1915 me trasladé a Noruega, donde junto con Shliápnikov serví de enlace entre Suiza, lugar de residencia de Lenin y sede del Comité Central, con Rusia. Con los socialistas noruegos teníamos un contacto estrecho. El 8 de marzo de ese mismo año intenté organizar en Cristianía (la actual Oslo) una manifestación internacional de obreras contra la guerra, pero no acudieron las representantes de los países beligerantes.

Era la época en que se estaba gestando la ruptura decisiva en el seno de la socialdemocracia, pues los socialistas de tendencia patriótica no podían hacer causa común con los internacionalistas. Y como los bolcheviques eran los que más consecuentemente combatían el socialpatriotismo, en junio de 1915 me afilié oficialmente a los bolcheviques

y entablé una animada correspondencia con Lenin. (Las cartas que Lenin me dirigió han aparecido recientemente en Rusia.)

Nuevamente empecé a escribir mucho, esta vez para la prensa de tendencia internacional de los países más diversos: Inglaterra, Noruega, Suecia, Estados Unidos y Rusia. Por entonces apareció también un opúsculo mantenido conscientemente por mí a un nivel muy popular —¿A quién beneficia la guerra?— que fue distribuido en innumerables ediciones, por miles de ejemplares, y traducido a diversos idiomas, el alemán entre ellos. Mientras durase la guerra, el problema de la liberación de la mujer tenía que pasar, lógicamente, a un segundo plano, pues mi única preocupación, mi máximo objetivo era combatir la guerra y llamar a construir una nueva Internacional obrera.

En el otoño de 1915, el grupo alemán del Partido Socialista Americano me invitó a viajar a Estados Unidos para pronunciar conferencias en la línea de Zimmerwald (una liga de los socialistas de tendencia internacionalista). Yo estaba dispuesta a atravesar el océano inmediatamente para cumplir dicho objetivo, aunque mis amigos me aconsejaban decididamente que abandonase tal proyecto. Todos se hallaban preocupadísimos por mí, pues la travesía se había tornado muy insegura debido a la guerra submarina, pero la idea me atraía demasiado.

Mi gira propagandística por Estados Unidos duró cinco meses, durante los cuales visité ochenta y

una ciudades y pronuncié discursos en alemán, francés y ruso. El trabajo era terriblemente agotador, pero igualmente fructífero, y tuve la plena certeza de haber reforzado la ideología internacionalista en el partido estadounidense. También allí, al otro lado del océano, había mucha oposición y surgían acaloradas discusiones, pero la policía no me importunaba. Los periódicos me tachaban alternativamente de espía del káiser alemán o de agente de la Entente.

En la primavera de 1916 regresé a Noruega. Amo Noruega, con sus incomparables fiordos y sus extraordinarias montañas, con su pueblo valiente, talentoso y trabajador. Por entonces vivía en el conocido Holmenkollen, en las proximidades de Oslo, y seguía trabajando por la cohesión de las fuerzas de los internacionalistas y contra la guerra mundial. Yo compartía la opinión de Lenin, según la cual la guerra sólo podría ser vencida mediante la revolución, mediante la insurrección de los obreros. Me sentía muy unida a Lenin y tan cerca de él como muchos otros de sus correligionarios y amigos. Mi estancia en Noruega tampoco fue larga, pues a los pocos meses tuve que emprender un segundo viaje a EEUU, donde permanecí hasta poco antes del estallido de la Revolución Rusa. La situación en Estados Unidos había cambiado para mí, pues en el tiempo transcurrido habían llegado allí muchos camaradas rusos, entre ellos Trotsky. Se trabajaba afanosamente para la

nueva Internacional obrera, pero la entrada de EEUU en la guerra hizo más difícil nuestro trabajo.

Cuando el pueblo ruso se levantó contra el absolutismo y derrocó al zar, hacía algunas semanas que me encontraba en Noruega. Entre todos nuestros correligionarios reinaba un ambiente festivo. Sin embargo, yo no me hacía ilusiones porque sabía que el derrocamiento del zar sólo sería el comienzo de importantes acontecimientos y terribles luchas sociales, y por esta razón me apresuré a volver a Rusia en marzo de 1917. Fui una de las primeras refugiadas políticas que regresó a la patria liberada. En Tornö, la pequeña localidad fronteriza del norte de la frontera sueco-finlandesa, por donde iba a cruzar, el invierno era aún muy crudo. Un trineo me transportó por el río que marca la frontera. En suelo ruso había un soldado en cuyo pecho ondeaba una especie de corbata de color rojo fosforescente: “¿Sus documentos, ciudadana!” “No los tengo, soy una refugiada política”. “¿Su nombre?” Me identifiqué. Vino un joven oficial al que se había ido a buscar y que también llevaba en el pecho una corbata de color rojo fosforescente. Tenía una expresión sonriente. Naturalmente yo estaba en la lista de refugiados políticos, que podían entrar libremente por orden del sóviet de trabajadores y soldados. El joven oficial me ayudó a bajar del trineo y me besó la mano casi con veneración. ¡Ya me encontraba en el suelo republicano de la Rusia liberada!

¿Era posible? Fue uno de los momentos más felices de toda mi vida. Cuatro meses después, por orden del gobierno de Kérenski²⁹, el mismo joven y amable oficial me detendría como bolchevique peligrosa en la misma frontera de Tornö... Son ironías de la vida.

Los años de la Revolución

¿Tan grande fue la abundancia de sucesivos acontecimientos como para no saber hoy qué debo describir y qué debo subrayar, qué he deseado y qué he logrado? Pero, ¿bastaba entonces con la existencia de una voluntad puramente individual? ¿No era sólo la omnipotente tormenta de la Revolución, el deseo de la masa activa y ahora despierta, lo que justificaba nuestro anhelo y nuestra acción? ¿Existía un solo hombre que se sintiera inclinado al deseo de lo universal? Sólo existían masas humanas, unidas por una voluntad dividida, que no tomaba partido ni a favor ni en contra del poder de los sóviets. Mirando atrás, sólo se recuerda un trabajo de masas, luchas y acción. A decir verdad no había ningún auténtico héroe o dirigente. Era el pueblo trabajador el que, de civil o con uniforme de soldado, dominaba la situación y el que grabó profundamente su voluntad en la historia del país y de la humanidad. ¡Un verano sofocante, un verano decisivo para el movimiento revolucionario fue el del año 1917! Al principio, la revolución social

sólo se desencadenó en el campo, y los campesinos incendiaron las casas de los nobles. En las grandes ciudades la lucha se desencadenó entre los representantes de la Rusia republicana burguesa y los anhelos socialistas de los bolcheviques...

Como dije antes, yo era bolchevique, y así desde el primer momento me encontré con una enorme cantidad de trabajo que requería mi colaboración. Nuevamente había que trabajar por el poder de los consejos obreros, de los sóviets, contra la guerra y la unidad con la burguesía liberal. A consecuencia de esto último, los periódicos burgueses me calificaron de "bolchevique loca". Pero no me molestó en absoluto. Tenía un gran campo de acción por delante y mis partidarios, trabajadores fabriles y mujeres de soldados, se contaban por miles. En esos días, al mismo tiempo que era muy popular, sobre todo, como oradora, era odiada y atacada cruelmente por la prensa burguesa. Pero, por suerte, estaba tan sobrecargada de trabajo que apenas encontraba tiempo para leer los ataques y las calumnias que se escribían contra mí. El odio contra mi persona creció de tal manera que se llegó a decir que estaba a sueldo del káiser alemán para debilitar el frente ruso.

En ese momento, una de las cuestiones más candentes era la carestía y la falta, cada vez mayor, de productos de primera necesidad. Ese estado de cosas se hacía insoportable para las mujeres de las

clases pobres. No obstante, esa situación creaba en el Partido condiciones favorables para el trabajo entre las mujeres, de forma que pronto estuvimos en condiciones de realizar una labor provechosa. En mayo de 1917, apareció un semanario llamado *Las Trabajadoras*. Redacté una proclama dirigida a las mujeres en contra de la carestía y de la guerra. La primera concentración popular, de las muchas que se celebraron, tuvo lugar en Rusia bajo el Gobierno Provisional y fue organizada por nosotros, los bolcheviques. Kérenski y sus ministros no disimulaban su odio contra mí, la “instigadora del espíritu del desorden” en el seno del ejército. Pero lo que desencadenó una verdadera tormenta de indignación por parte de los denominados “círculos patrióticos” fue un artículo que publiqué en *Pravda*, en el que defendía a los soldados alemanes. Cuando, en abril, Lenin pronunció su famoso discurso programático en el seno del Sóviet, yo fui la única de sus camaradas que, con el objeto de apoyarle, tomó la palabra. ¡Cuánto odio me gané con esta intervención! Con frecuencia tenía que saltar del tranvía antes de que la gente me reconociera, pues me había convertido en el tema de actualidad y no pocas veces fui testigo de las más increíbles injurias y mentiras contra mí.

Quiero dar un pequeño ejemplo que demostrará de qué manera se actuaba entonces contra mí. Los periódicos que me eran hostiles escribieron sobre los

“vestidos de la Kollontái”, lo que me hacía mucha gracia porque mi maleta se había perdido cuando viajaba a Rusia y ello me obligaba a llevar siempre puesto mi único y gastado vestido. Incluso existía una tonadilla callejera en la que se aludía burlonamente a Lenin y a mí. No era infrecuente que me viera amenazada por la muchedumbre irritada, y sólo la valerosa intervención de mis amigos y camaradas me protegió de lo peor. Como siempre, me preocupaba poco del odio de que era objeto porque, como compensación, tenía un gran número de amigos entusiastas: marineros, trabajadores y soldados, que eran completamente solidarios conmigo. El número de nuestros partidarios crecía día a día. En abril pasé a ser miembro del ejecutivo del Sóviet, que era, de hecho, el órgano político dirigente en ese momento y al que, desde el principio y durante mucho tiempo, pertenecería como única mujer. En mayo de 1917 tomé parte activa en la huelga de las lavanderas, que exigían la “colectivización” de todos los lavaderos. La lucha duró seis semanas. Sin embargo, la principal reivindicación de las trabajadoras no fue atendida por el gobierno de Kérenski.

A finales de junio el Partido me envió a un consejo internacional en Estocolmo, que se interrumpió al llegarnos las noticias del levantamiento en Petrogrado contra el Gobierno Provisional y de la represión que éste estaba llevando a cabo contra los

bolcheviques. Muchos de nuestros camaradas dirigentes ya estaban arrestados, otros, entre ellos Lenin, habían logrado escapar y ocultarse. Los bolcheviques fueron acusados de alta traición y tachados de espías del káiser. El levantamiento estaba paralizado y el gobierno de coalición embestía contra todos aquellos que mostraban simpatías hacia los bolcheviques. Yo decidí volver inmediatamente a Rusia, a pesar de que mis amigos y camaradas consideraban que era muy arriesgado. Querían que aguardara en Suecia el transcurso de los acontecimientos. Por buenas que fueran todas estas advertencias y por muy correctas que después me parecieran a mí también, no podía aceptarlas, tenía que volver. Me parecía una cobardía aprovecharme del privilegio de quedar totalmente libre de las persecuciones del Gobierno Provisional cuando un gran número de mis correligionarios estaban en la cárcel. Más tarde me di cuenta de que, quizá, habría podido ser más útil a nuestra causa desde Suecia, pero en aquellos momentos estaba influida por los acontecimientos.

En la frontera de Tornö fui detenida por orden del gobierno de Kérenski, acusada de espía y tratada brutalmente... La detención se hizo de una forma verdaderamente teatral: en el momento de la revisión de los pasaportes, se me rogó ir a la comandancia. Comprendí lo que eso significaba. En un gran recinto había un grupo de soldados apiñados y también un

par de oficiales, uno de los cuales era el joven amable que cuatro meses antes me había recibido muy amablemente. Un profundo silencio reinaba en la habitación. La expresión del primer oficial, el príncipe B., reflejaba un gran nerviosismo. Yo esperaba con calma los acontecimientos que vendrían.

— Está usted detenida — me dijo el príncipe B.

— ¿Ah, sí? ¿Ha triunfado la contrarrevolución? ¿Tenemos de nuevo una monarquía?

— No — fue su brusca respuesta —. Queda usted detenida por orden del Gobierno Provisional.

— Lo esperaba. Por favor, haga recoger mi bolso de viaje, no quiero que se me pierda.

— Naturalmente que sí. “Alférez, la maleta”.

Observé suspirar a los oficiales y a los soldados al abandonar la habitación con gesto de descontento. Más tarde supe que los soldados se habían opuesto a mi detención y que habían exigido estar presentes en el momento de la misma. Pero los oficiales temían que yo me pudiera dirigir a los soldados con un discurso. “Entonces habríamos estado perdidos”, me dijo después uno de ellos.

En la cárcel de Petrogrado, completamente aislada, tuve, como otros bolcheviques, que esperar el curso de la investigación. Sin embargo, mientras el Gobierno Provisional actuaba contra los bolcheviques de la manera más inaudita, más crecía la influencia de estos. El avance del general blanco Kornílov contra

Petrogrado radicalizó a los elementos revolucionarios. El pueblo exigía la libertad de los bolcheviques. Kérenski no quería mi libertad. Si salí de la cárcel mediante el pago de una fianza fue por orden del Sóviet. Sin embargo, al día siguiente, una orden de Kérenski me condenaba a arresto domiciliario. Obtuve mi completa libertad de movimiento un mes antes de la batalla decisiva, de la Revolución de Octubre de 1917. Otra vez el trabajo era inmenso. Ahora debían establecerse las bases para un movimiento organizado de las trabajadoras. Había que convocar la primera conferencia de trabajadoras. Se celebró.

Entonces era miembro del más alto órgano del Partido, el Comité Central, y voté a favor de la insurrección armada. También pertenecía a diversas delegaciones del Partido en los congresos decisivos y en las instituciones del Estado (el Preparlamento, el Congreso Democrático, etc.). Luego vinieron los días importantes de la Revolución de Octubre. El histórico Smolny. Las noches sin dormir y las continuas reuniones. Y finalmente la conmovedora proclama: “Los sóviets toman el poder”. “Los sóviets dirigen un llamamiento, a los pueblos del mundo para poner fin a la guerra”. “El campo queda socializado y bajo el poder de los campesinos”.

Se constituyó un gobierno de los sóviets. Fui nombrada comisaria del pueblo³⁰ para la Salud y el Bienestar Social. Era la única mujer del gabinete y la

primera en la historia que había llegado a ser miembro de un gobierno. Cuando se recuerdan los primeros meses del gobierno obrero, tan ricos en hermosas ilusiones, en proyectos, en importantes iniciativas para mejorar la vida, para organizar de nuevo el mundo, entonces una preferiría escribir sobre todas las otras cosas y no sólo sobre sí misma.

Ocupé el puesto de ministra de Bienestar Social desde octubre de 1917 a marzo de 1918. Los funcionarios del Ministerio me recibieron con hostilidad. La mayoría nos sabotaban abiertamente y no acudían al trabajo. Pero precisamente este Ministerio era, por su naturaleza, extraordinariamente complicado y no podía interrumpir su trabajo, ya que se ocupaba de prestar todo tipo de asistencia a los inválidos de guerra, lo que significaba tener que atender a cientos de miles de soldados y oficiales mutilados. También se ocupaba de la caja de pensiones, los asilos de ancianos, los orfanatos, los hospitales para pobres, los talleres para la fabricación de prótesis, la administración de las fábricas de naipes (la fabricación de naipes era monopolio del Estado), las leproserías y las clínicas de ginecología. Incluso un gran número de centros dedicados a la educación de chicas estaba bajo la dirección de este Ministerio. Uno se puede imaginar fácilmente los enormes esfuerzos que todas estas tareas exigían de nuestro pequeño grupo, novato además en las funciones administrativas del Estado. Sabiendo perfec-

tamente las dificultades que tal situación implicaba, formé rápidamente una comisión de ayuda, en la que, junto a los trabajadores y modestos funcionarios del Ministerio, estaban representados médicos, juristas y pedagogos. ¡Con qué abnegación y energía soportaban los modestos empleados el peso de esta difícil tarea, que no sólo consistía en llevar adelante el trabajo del Ministerio, sino también en hacer mejoras y reformas! Otros elementos, con renovadas fuerzas, reemplazaron a los funcionarios saboteadores del antiguo régimen. En las salas del que antes fuera un Ministerio muy conservador, soplaban vientos llenos de vida.

¡Días de trabajo! Por las noches, aquellas reuniones del Consejo de Comisarios del Pueblo, bajo la presidencia de Lenin. O la habitación pequeña y modesta con sólo un secretario que anotaba las resoluciones que cambiaron tan profundamente la vida de Rusia. Lo primero que hice, una vez nombrada comisaria del pueblo, fue pagar una indemnización a un humilde campesino por la requisita de su caballo. A decir verdad, este asunto no era competencia de mi departamento, pero el hombre estaba resuelto a cobrar la indemnización por su caballo. Viajó a la capital desde un recóndito pueblo y llamó pacientemente a todas las puertas del Ministerio. ¡Siempre sin resultado! Por esa fecha estalló la revolución bolchevique. El hombre había oído que los bolcheviques defendían los intereses de los campesinos y trabajadores.

Por consiguiente, se dirigió al Smolny a ver a Lenin, que tuvo que hacerse cargo de la indemnización. Yo no sé cómo se desarrolló la conversación entre aquel campesino y Lenin, pero el resultado fue que el hombre se dirigió a mí con una nota, procedente de la agenda de Lenin, en la que se me rogaba solucionar el asunto de alguna manera, ya que mi Comisariado del Pueblo era, en aquel momento, el que contaba con más medios económicos. Naturalmente aquel modesto campesino recibió su indemnización.

Mi tarea principal como comisaria del pueblo consistía en lo siguiente: mejorar, por medio de un decreto, la situación de los inválidos de guerra; suprimir la enseñanza de la religión en los colegios de chicas que dependían del Ministerio (esto se realizó antes de la separación total entre la Iglesia y el Estado) y trasladar a los curas a actividades civiles; implantar el derecho a que las alumnas se administraran por sí mismas en sus respectivos colegios; transformar los antiguos orfanatos en residencias estatales para niños —no tenía que existir ninguna diferencia entre los niños huérfanos y los que aún tenían padre y madre—; crear los primeros alojamientos para pobres y niños vagabundos y, sobre todo, organizar un comité compuesto exclusivamente por médicos para elaborar un sistema gratuito de sanatorios en todo el país.

Pero el trabajo más importante de nuestro Comisariado del Pueblo fue, a mi modo de ver, la

constitución legal de un Departamento Central de Protección de la Maternidad y la Infancia. Firmé el correspondiente proyecto de ley en enero de 1918. Mediante un segundo decreto transformé todas las maternidades en residencias gratuitas para atender a la madre y al recién nacido, sentando así las bases para una protección de la maternidad completamente estatal. El doctor Koroliov me ayudó mucho en este trabajo. También proyectamos un “Palacio de protección de la maternidad”, una residencia modelo en la que debían impartirse cursos para madres y crearse, entre otras cosas, instalaciones modelo para el cuidado de los recién nacidos. Ya estábamos arreglando para este proyecto el edificio de un internado, en el que anteriormente se educaban las chicas de la nobleza y que todavía estaba dirigido por una condesa, cuando el fuego destruyó nuestro trabajo apenas iniciado. ¿Fue un incendio provocado?... Durante la noche me sacaron de la cama. Corrí al lugar del incendio; la hermosa sala de exposición estaba destruida y el resto de las habitaciones del edificio habían quedado inservibles. Únicamente en la puerta de entrada colgaba aún el gran letrero “Palacio de protección de la maternidad”...

Mis esfuerzos para socializar la protección de la maternidad y los recién nacidos fueron motivo de nuevos y disparatados ataques contra mí. Se contaron toda clase de mentiras sobre la “nacionalización

de las mujeres”, sobre mis proyectos de ley que prescribían convertir en madres a las niñas de 12 años, etc. Las sectas del antiguo régimen se encolerizaron, sobre todo, cuando yo, por iniciativa propia — se me censuró después a causa de ello — convertí el conocido monasterio de Alexandr Nevski en una residencia para inválidos de guerra. Los monjes opusieron resistencia, de forma que se llegó a una pelea armas en mano. Otra vez la prensa armó un gran alboroto contra mí. La Iglesia organizó manifestaciones contra mi gestión y me acusó de “hereje”...

Recibí numerosas cartas de amenaza, pero nunca recurrí a la protección militar; iba siempre sola y desarmada, y no pensaba en absoluto que pudiera correr peligro alguno. Otras cosas mucho más importantes ocupaban mi atención. En febrero de 1918 se envió a Suecia la primera delegación oficial del Sóviet, para tratar diversos asuntos de economía nacional y política. Como comisaria del pueblo estaba a la cabeza de dicha delegación. Pero nuestro barco naufragó de camino a Suecia y logramos ponernos a salvo en las islas Aland, que pertenecían a Finlandia. Precisamente entonces, la lucha entre finlandeses blancos y rojos atravesaba por su momento más decisivo, mientras el ejército alemán se preparaba contra Finlandia. La misma noche de nuestro naufragio, cuando, muy contentos por habernos salvado, cenábamos en el hotel de la ciudad de Mariehamn, las tro-

pas blancas aliadas ocuparon las islas Aland. Gracias a una gran firmeza y astucia logramos salir con vida; sin embargo, uno de nuestros partidarios, un joven finlandés, fue detenido y fusilado. Nosotros volvimos a Petrogrado, donde se preparaba a toda prisa la evacuación de la capital a Moscú: las tropas alemanas estaban ya a las puertas de la ciudad.

Comenzaba un período oscuro del que no puedo hablar aquí; los sucesos están aún muy recientes en mi recuerdo. Pero llegará el día en que también dé cuenta de ello.

En el Partido existían diferencias de opinión. A causa de una diferencia de principio con la política que se estaba llevando a cabo, renuncié a mi cargo de comisaria del pueblo. Poco a poco fui relevada también de los demás cargos. De nuevo me dediqué a dar conferencias y a luchar por mis ideas sobre la nueva mujer y la nueva moral. La Revolución estaba en plena actividad. La lucha se tornó cada vez más irreconciliable y sangrienta, y mucho de lo que sucedía no estaba de acuerdo con mis principios. Pero todavía quedaba un trabajo por hacer: lograr la emancipación de la mujer. Las mujeres habían conseguido legalmente todos los derechos pero, en la vida real, seguían estando oprimidas, tratadas con desigualdad de derechos en la vida familiar, esclavizadas por las innumerables menudencias del hogar, soportando toda la carga, incluso las preocupaciones materiales de la maternidad

porque a causa de la guerra y otras circunstancias muchas mujeres estaban solas en la vida.

Cuando en el otoño de 1918 consagré todas mis energías a la tarea de establecer líneas sistemáticas de orientación para conseguir la emancipación de las mujeres trabajadoras en todas las áreas, encontré un valiosísimo apoyo en el ya desaparecido Sverdlov, que fue el primer presidente del Sóviet. Así, en noviembre de 1918 se pudo convocar el I Congreso de Trabajadoras y Campesinas de Rusia, al que asistieron 1,147 delegadas. Con esto quedaron sentadas las bases para un trabajo planificado en todo el país a favor de la emancipación de las mujeres de la clase trabajadora y campesina. De nuevo me esperaba una montaña de trabajo. Había que atraer a las mujeres hacia los comedores populares, educarlas para que pudieran emplear sus energías en el cuidado de las residencias para niños y recién nacidos, para la enseñanza, para la reforma del sistema de vida en el hogar y otras cosas. El principal objetivo de todo este trabajo era conseguir realmente la igualdad de derechos de la mujer como elemento productivo en la economía nacional y como ciudadana en el sector político, naturalmente a condición de que la maternidad fuera considerada como una función social y, por tanto, protegida y sustentada por el Estado.

Bajo la dirección del doctor Lebedewo las instituciones estatales para la protección de la materni-

dad alcanzaron un gran desarrollo. Al mismo tiempo y en todo el país, se crearon instituciones que trabajaban en pro de la emancipación de las mujeres y de su participación en el trabajo de los sóviets.

La guerra civil, en el año 1919, me trajo otra vez nuevas tareas. Cuando las tropas blancas intentaban avanzar desde el sur hacia el norte de Rusia, fui enviada a Ucrania y Crimea, donde primero presté servicios en el ejército como representante del departamento de reconocimiento. Más tarde, hasta la evacuación del gobierno de los sóviets, me nombraron comisaria del pueblo para trabajos de reconocimiento y propaganda en el gobierno ucraniano. Logré sacar a 400 comunistas con un tren especial de la zona amenazada, próxima a Kiev. También en Ucrania hice cuanto me fue posible por el movimiento comunista de las trabajadoras.

Una grave enfermedad me apartó por algunos meses del intenso trabajo que me ocupaba. En cuanto pude volver a trabajar —entonces estaba en Moscú— me hice cargo de la dirección del Departamento Central para el trabajo entre las mujeres (Zhenotdel), y de nuevo comenzó un período de intenso trabajo. Se creó un periódico comunista para las mujeres y se convocaron congresos y conferencias de trabajadoras. Se establecieron las bases para el trabajo con las mujeres de Oriente (musulmanas). Dos conferencias mundiales de mujeres comunistas tuvieron lugar en

Moscú. Se dictó la ley que eximía de castigo al aborto y se aprobaron otras muchas disposiciones de nuestro departamento central en favor de las mujeres. Si entonces tuve que escribir muchísimo, aún tuve que hablar mucho más... Nuestra tarea tuvo todo el apoyo de Lenin, y Trotsky, aunque abrumado por el trabajo que le exigían importantes asuntos militares, asistía con gusto a nuestras conferencias. Mujeres con energía y talento, dos de las cuales ya no viven actualmente, dedicaban sacrificadamente todas sus energías al Zhenotdel.

En el VIII Congreso de los Sóviets presenté, como miembro del Comité Ejecutivo (en ese momento ya había más mujeres en él) una moción que pedía que los sóviets contribuyeran en todos los sectores a considerar la igualdad de derechos de la mujer y, por consiguiente, a ocuparla en trabajos del Estado y de la comunidad. No sin oposición logré presentar esta moción, que fue aceptada. Esto significó una gran y permanente victoria.

La publicación de mis tesis sobre la moral y sexualidad originó una encendida discusión, pues nuestra ley soviética sobre el matrimonio, que también estaba separada de la legislación eclesiástica, no es más progresista que las leyes existentes en otros países democráticos y progresistas. Aunque el hijo natural fuera considerado legalmente igual a un niño legítimo, el matrimonio civil aún se basaba en una

gran cuota de hipocresía e injusticia en este campo. Cuando se habla de la “inmoralidad” que los bolcheviques propagan, se debían someter a un detallado examen nuestras leyes sobre el matrimonio, y entonces se vería que en la cuestión del divorcio no estamos al nivel de Estados Unidos y en la cuestión del hijo natural aún no hemos llegado tan lejos como Noruega³¹.

En torno a esta cuestión formé el ala radical del Partido. Mis tesis, mis conceptos sobre la sexualidad y la moral fueron combatidos duramente por muchos camaradas, hombres y mujeres. A esto también se unieron — además de preocupaciones personales y familiares — otras diferencias de opinión en el seno del Partido respecto a cuestiones políticas, y así durante el año 1922 pasaron meses sin trabajo productivo. Luego, en el otoño de ese año, llegó mi nombramiento oficial para la legación diplomática soviética en Noruega. A decir verdad, yo creí que este nombramiento sería puramente formal y que así encontraría tiempo en Noruega para dedicarme a mi trabajo literario. Pero no fue lo que yo pensaba. El día de mi entrada en funciones comencé una línea de trabajo totalmente nueva para mí, que absorbió todas mis energías. Por eso durante mi actividad diplomática sólo escribí un artículo, *El Eros alado*, que levantó mucha polvareda. También escribí tres novelas cortas *Weg der Liebe* (Camino del amor), que

aparecieron en la editorial Malik de Berlín. *La moral nueva y la clase trabajadora* y el estudio socioeconómico *Situación de la mujer en la evolución de la economía nacional* fueron escritos en Rusia.

Los años de trabajo diplomático

En octubre de 1922 me incorporé a mi cargo en Noruega y en enero de 1923 el jefe de legación salió de vacaciones, así que tuve que hacerme cargo oficialmente de todos los asuntos de la República Soviética. Poco después lo sustituí como representante de mi país en Noruega. Desde luego, este nombramiento produjo una gran sensación, pues era la primera vez en la historia que una mujer desempeñaba el cargo de “embajadora”. La prensa conservadora, en particular la prensa rusa blanca, estaba indignada e intentó hacer de mí un horror de inmoralidad y un monstruo sanguinario. Sobre todo se escribió mucho sobre mis “terribles ideas” sobre el matrimonio y el amor. Sin embargo, tengo que resaltar aquí que sólo la prensa conservadora me recibió en mi nuevo puesto tan groseramente. En todas las relaciones profesionales que tuve durante los tres años de mi trabajo en Noruega jamás experimenté el menor indicio de indignación o desconfianza hacia la capacidad de la mujer. Ciertamente, contribuyó mucho a ello el espíritu sano y democrático del pueblo noruego. Lo cierto es que

puedo afirmar que mi trabajo como representante oficial rusa en Noruega jamás se me hizo difícil por mi pertenencia al “sexo débil”. Relacionado con mi cargo diplomático, tuve que asumir las obligaciones de agregado comercial plenipotenciario de Rusia en Noruega. Ambos trabajos eran para mí naturalmente nuevos en su aspecto peculiar. Sin embargo, me propuse el objetivo de lograr el reconocimiento *de iure*³² de la Rusia soviética y restablecer entre ambos países relaciones comerciales normales, puesto que habían sido interrumpidas por la guerra y la revolución. Comencé el trabajo con gran entusiasmo y las mejores esperanzas. ¡Un espléndido verano y un invierno fecundo en acontecimientos fueron los del año 1923!

Las recién iniciadas relaciones comerciales estaban en pleno apogeo: grano ruso y arenques y pescados noruegos, artículos de madera rusos y papel y celulosa noruegos. El 15 de febrero de 1924, Noruega reconoció a la URSS. Fui nombrada *chargé d'affaires*³³ e incluida oficialmente en el cuerpo diplomático. En ese momento comenzaron las gestiones para un tratado comercial entre los dos países. Mi vida estaba llena tanto de arduo trabajo como de extraordinarias experiencias. También tuve que resolver serios problemas en el terreno del desarrollo del comercio y de la navegación. Después de algunos meses, en agosto de 1924 fui nombrada embajadora plenipotenciaria y, con el ceremonial de costumbre, presenté mis cre-

denciales al rey de Noruega. Naturalmente esto dio nuevos motivos a la prensa conservadora de todos los países para echar pestes contra mí. Jamás una mujer había sido aceptada en un ceremonial de tan alto rango como embajadora.

El convenio comercial fue concluido en Moscú a finales de 1925 y en febrero refrendé el tratado en Oslo con el presidente del gobierno, señor J. L. Mowinckel. Con ello había cumplido mi cometido en Noruega. Podía acudir al encuentro de nuevo trabajo y nuevos objetivos y, por esta razón, dejé mi puesto en aquel país.

Si algo conseguí en este mundo, no se debe a mis cualidades personales. Mis logros son más bien un símbolo de que la mujer va camino del reconocimiento general. La captación de millones de mujeres para el trabajo productivo, que se desarrolló de una forma particularmente rápida durante la guerra, creó la posibilidad de que una mujer ocupara los puestos políticos y diplomáticos más elevados. A pesar de ello, es evidente que sólo un país de futuro como la Unión Soviética podía atreverse a afrontarlo sin ningún prejuicio contra la mujer, a valorar a esta únicamente por el criterio de su capacidad de trabajo y, por consiguiente, a confiarle tareas de responsabilidad. Sólo los vientos revolucionarios y saludables tienen la fuerza para barrer los decrépitos prejuicios contra la mujer, sólo una humanidad nueva, el pueblo traba-

jador y productivo, tiene la capacidad de conseguir la igualdad de derechos y la liberación de la mujer.

En el momento en que doy fin a esta autobiografía, estoy a punto de recibir nuevas tareas, que me supondrán nuevas exigencias...

Estoy convencida de que el objetivo más importante de mi trabajo y de mi vida, en cualquier trabajo que siga desempeñando, seguirá siendo la emancipación de la mujer trabajadora y la creación de las bases para una moral nueva.

APÉNDICE

La Revolución Rusa y la liberación de la mujer trabajadora

Bárbara Areal³⁴

Comisión Ejecutiva de Izquierda Revolucionaria

Las mujeres que tomaron parte en la gran Revolución de Octubre, ¿quiénes fueron? ¿Individuos aislados? No, fueron muchísimas, decenas, cientos de miles de heroínas sin nombre las que, marchando codo con codo con los trabajadores y los campesinos detrás de la bandera roja y la consigna de los sóviets, pasaron sobre las ruinas de la teocracia zarista hacia un nuevo futuro. (...) Jóvenes y ancianas, trabajadoras, campesinas esposas de soldados y amas de casa pobres de ciudad. (...) ¿Al frente? Se ponían una gorra de soldado y se transformaban en combatientes del Ejército Rojo. (...) En los pueblos, las campesinas (sus esposos habían sido enviados al frente) tomaron las tierras de los terratenientes (...) Es un hecho claro e indiscutible que, sin la participación de las mujeres, la Revolución de Octubre no habría podido llevar la bandera roja a la victoria.

Alexandra Kollontái, Mujeres combatientes en los días de la gran Revolución de Octubre.

La densa red de opresión con que el capitalismo envuelve a la mujer trabajadora alcanza también a su papel en la lucha por la emancipación de la humanidad. El carácter machista de la historiografía burguesa omite conscientemente esta parte de la memoria histórica de nuestra clase. Cuenta, además, con el si-

lencio cómplice de los dirigentes reformistas, socialdemócratas y estalinistas.

La clase dominante necesita que las mujeres estemos atadas por mil cadenas. Hay motivos económicos estratégicos, como garantizar el mantenimiento y la reproducción de la fuerza de trabajo al menor coste posible. Pero también un objetivo ideológico: mantener a las mujeres de la clase obrera condenadas a la pasividad política. Si nuestras cadenas son las más pesadas de entre los oprimidos, cuando se rompen se libera una fuerza social poderosa. Las mujeres más humildes, más humilladas y oprimidas han encendido más de una vez la chispa de la transformación social³⁵. La Revolución Rusa de 1917 echó a andar con el grito de mujeres exigiendo pan y paz.

Las bolcheviques y la revolución

Incluso la organización más revolucionaria de la historia, el Partido Bolchevique, fue sorprendida:

A nadie se le pasó por la cabeza que el Día de la Mujer pudiera convertirse en el primer día de la revolución. (...) La organización bolchevique más combativa de todas, el comité de la barriada obrera de Vyborg, aconsejó que no se fuese a la huelga. (...) Es evidente, pues, que la Revolución de Febrero empezó desde abajo, venciendo la resistencia de las propias organizaciones revolucionarias, con la particularidad de que esta espontánea iniciativa corrió a cargo de la parte más oprimida y cohibida del proletariado: las obreras del ramo textil³⁶.

En cualquier caso, la sorpresa se reducía al momento inicial del gran acontecimiento. Los bolcheviques llevaban años preparando la herramienta política que precisaba la clase obrera, y su defensa de los derechos de la mujer trabajadora formaba parte de su ADN.

Lenin mantuvo una postura intransigente contra la opresión de la mujer obrera y campesina bajo el régimen zarista, y siempre destacó su papel esencial en el combate por el socialismo. Calificaba la legislación burguesa respecto a la mujer de “increíblemente infame, repugnantemente sucia, bestialmente burda (...) que otorga privilegios a los hombres y humilla y degrada a la mujer”, afirmando que “no puede existir, no existe, ni existirá jamás verdadera ‘libertad’ mientras las mujeres se hallen atrapadas por los privilegios legales de los hombres, mientras los obreros no se liberen del yugo del capital, mientras los campesinos trabajadores no se liberen del yugo del capitalista, del terrateniente y del comerciante³⁷”.

A pesar de que sus nombres no nos resulten tan familiares, el bolchevismo se forjó también gracias a la actuación audaz y valiente de muchas mujeres. Ellas jugaron un papel decisivo en todas las tareas antes, durante y después del triunfo revolucionario. Alexandra Kollontái, importante propagandista que abordó desde un punto de vista marxista la función de la familia, la sexualidad o la prostitución y fue la

primera mujer de la historia en formar parte de un gobierno. Yevguenia Bosh, una de las líderes militares más capaces de la guerra librada en defensa del poder obrero y contra las bandas contrarrevolucionarias. Yelena D. Stásova, “una camarada de armas durante los difíciles años del trabajo clandestino³⁸”. Klavdia Nikoláieva, obrera que se unió a los bolcheviques en 1908 y que en 1917 se convirtió en el corazón de la primera revista para las mujeres trabajadoras, *Kommunistka*. Konkordia Samóilova, magnífica oradora que asumió también la tarea de dar los primeros y más difíciles pasos en el movimiento de las mujeres. Inessa Armand, que sufrió cárcel, deportación y exilio por sus ideas. Varvara N. Yákovleva, participante en la reunión del Comité Central que decidió la fecha de la insurrección y clave en los días decisivos de Octubre en Moscú, mostrando en las barricadas una resolución y valentía sin igual. Nadezhda Krúpskaya, miembro de la dirección bolchevique desde 1903, realizó múltiples tareas, destacando su papel en el Consejo de Redacción de *Iskra* y el Comité Central del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso. Vera Slútskaia, muerta por disparos de los cosacos en el primer frente rojo. A. I. Yelizárova, P. F. Kudelli, Damailova, Larisa Reisner... Todas ellas han sido ignoradas por la historia oficial y jamás recordadas por el feminismo burgués.

Feminismo burgués *vs.* feminismo socialista

La lucha contra la opresión de la mujer y por sus derechos estuvo escindida en líneas de clase desde sus inicios. Socialistas como Clara Zetkin defendieron a principios del siglo XX la implicación activa del movimiento socialdemócrata en esta tarea. Producto de sus incansables esfuerzos, y del de otras camaradas, fue la celebración en 1907, en Stuttgart, de la I Conferencia Internacional de Mujeres Socialistas. La conferencia debatió el programa para la emancipación de las mujeres explotadas, y entre sus primeros puntos figuraba la lucha enérgica por el sufragio universal. Sin embargo, a pesar de que esta importante reivindicación era común con el feminismo burgués, rápidamente surgió un abismo entre ambos movimientos:

¿Cuál es el objetivo de las feministas burguesas? Conseguir las mismas ventajas, el mismo poder, los mismos derechos en la sociedad capitalista que poseen ahora sus maridos, padres y hermanos. ¿Cuál es el objetivo de las obreras socialistas? Abolir todo tipo de privilegios que deriven del nacimiento o de la riqueza. A la mujer obrera le es indiferente si su patrón es hombre o mujer.³⁹

De hecho, en 1908 se celebró en Rusia un Congreso de Mujeres con participación de todas las corrientes feministas. Las activistas socialdemócratas lo aprovecharon para impulsar la propaganda socialista, organizando reuniones y encuentros individuales

clandestinos para elegir delegadas pertenecientes al Partido y a los sindicatos. A pesar de su entrega, las delegadas obreras que participaron en la conferencia fueron apenas 45 frente a las 700 feministas burguesas. Sin dejarse arredrar por encontrarse en franca minoría, formaron un grupo separado dentro de la conferencia y presentaron resoluciones revolucionarias sobre cada uno de los temas del orden del día (seguridad laboral, mujeres y militancia política, derecho al voto...). La mayoría burguesa rechazó todas sus propuestas, especialmente una resolución que explicaba la necesidad de acabar con la propiedad privada de los medios de producción.

No transcurrió ni una década desde la celebración de ese congreso en el que las posturas burguesas gozaron de una mayoría aplastante, hasta el momento en que la clase obrera y el campesinado ruso, liderados por los bolcheviques, trataron de poner en práctica su programa.

El gobierno de los sóviets

La victoria revolucionaria de Octubre de 1917 traspasó todo al poder a los sóviets. El nuevo poder obrero se puso manos a la obra demostrando, en la práctica, que la emancipación plena de la mujer trabajadora sólo será posible con el socialismo.

Una de las prioridades era romper las cadenas del trabajo doméstico a través de la socialización de

las tareas del hogar. Mediante una amplia red de cafeterías y comedores, lavanderías, hospitales y guarderías, el nuevo poder revolucionario liberó a las mujeres de emplear la mayor parte de su tiempo en la limpieza, la alimentación y cuidado de los más dependientes. Así no sólo se liberaba a la mujer oprimida de una gran carga física y se le permitiría acceder al trabajo productivo remunerado y socialmente reconocido — a la independencia económica —, también podría disponer del tiempo necesario para participar en política y en la dirección de la sociedad. En enero de 1920, las cafeterías públicas de Petrogrado atendían a un millón de personas y en Moscú las utilizaba el 93% de la población.

Paralelamente se abordó el objetivo de acabar con todo tipo de abuso y maltrato en el seno de la familia. El Código de Familia aprobado en 1918 por los bolcheviques y los sóviets instauró el matrimonio civil, el divorcio a petición de cualquier cónyuge y eliminó la distinción entre los hijos “legítimos” e “ilegítimos”. Por supuesto, no se podía hablar de avances serios en la liberación de las mujeres si estas no poseían el control de su cuerpo, su maternidad y su sexualidad. En 1920, el gobierno soviético fue el primero del mundo en emitir un decreto anulando la criminalización del aborto:

El aborto, la interrupción del embarazo por medios artificiales, se llevará a cabo gratuitamente en los hospitales del Estado, donde las mujeres gozarán de la máxima seguridad en la operación.⁴⁰

La maternidad fue protegida, evitando que las madres fueran discriminadas en el ámbito laboral, algo tan habitual en los países capitalistas. El Código Laboral de 1918 garantizaba un receso pagado de media hora al menos cada tres horas para alimentar al bebé. Para la protección durante el embarazo y la lactancia, estaban prohibidos el trabajo nocturno y las horas extras. La ley otorgaba ocho semanas de licencia de maternidad remunerada, así como servicios médicos gratuitos antes y después del parto.

Los bolcheviques también abolieron las leyes represivas contra los homosexuales y contra las relaciones sexuales:

La legislación soviética se basa en el siguiente principio: ninguna interferencia del Estado o de la sociedad en los asuntos sexuales, en tanto no se dañen ni violen los intereses de nadie.⁴¹

Guerra al atraso

Todas estas conquistas, que dejan en evidencia el parloteo hipócrita sobre la “igualdad” de los gobiernos capitalistas cien años después, adquieren una dimensión heroica si consideramos las condiciones históricas en las que se aplicaron. La herencia que la Rusia

revolucionaria recibió del régimen zarista estaba marcada por el atraso y la barbarie. Más de tres cuartas partes de la población vivía en el campo y era prácticamente analfabeta, sometida a un régimen patriarcal brutal y carente de las infraestructuras más básicas (alcantarillado, electricidad, educación...). La mayoría de la población femenina estaba formada por mujeres campesinas en situación de práctica esclavitud:

En el campo ven a las mujeres como caballos de tiro. Trabajas toda la vida para tu esposo y toda su familia, soportas palizas y toda clase de humillaciones, pero no importa, no tienes adónde ir; estás encadenada al matrimonio.⁴²

El desarrollo desigual y combinado que impuso el capitalismo a la sociedad rusa, a la vez que mantenía estos rasgos feudales, también permitió a muchas mujeres —tras la movilización al frente de millones de hombres durante la Primera Guerra Mundial— acceder a las fábricas. En 1914, la mujer trabajadora, antigua campesina, representaba más de un 40% de la mano de obra industrial de la Rusia zarista. Estas mujeres desarrollaron una profunda conciencia de clase al calor de su explotación asalariada en diferentes sectores, como la industria metalúrgica y textil o las imprentas. A la extenuante jornada en la fábrica sumaban el cuidado de sus familias, y debido al desabastecimiento provocado por la guerra debían hacer cola durante horas (o en muchas ocasiones in-

cluso dormir en la calle) para conseguir algo de comida. Los bolcheviques rápidamente se orientaron hacia ellas. Fundaron el periódico *Rabótnitsa*⁴³ (La Obrera), con el objetivo de atraer a las trabajadoras no politizadas a las ideas del socialismo. Del primer número de *Rabótnitsa* se consiguieron vender 12,000 ejemplares; entre febrero y junio de 1914 se editaron siete números. Cada fábrica tenía sus propias representantes en el comité de redacción y se organizaban reuniones periódicas donde participaban todas ellas. En Petrogrado, *Rabótnitsa* convocaba mítines y manifestaciones de masas.

Con el triunfo revolucionario de Octubre se creó un departamento especial: el *Zhenotdel*. Su función era acercar a las mujeres al Partido y los sindicatos, e implicarlas directamente en el trabajo de los sóviets y en la administración del Estado obrero. Los bolcheviques eran conscientes de la necesidad de organizaciones amplias y medidas especiales de propaganda porque para las mujeres era más difícil participar políticamente debido al papel nefasto de la familia tradicional. No se trataba sólo de la reticencia de mujeres educadas durante siglos para ser las *esclavas de los esclavos*, como solía decir Lenin, sino de luchar activamente contra la oposición y opresión de muchos maridos y padres.⁴⁴

El *Zhenotdel* no era una organización separada, sino un espacio donde las mujeres se sentían se-

guras y a salvo de la opresión machista para iniciar su participación activa en la construcción de la nueva sociedad⁴⁵. No había prejuicios, sino una profunda comprensión y respeto hacia la mujer oprimida, como demuestra el trabajo en Asia Central, donde las activistas del Zhenotdel se ponían el velo para poder aproximarse a las mujeres musulmanas. En 1921, por ejemplo, se prohibieron en Turkmenistán los matrimonios infantiles y forzados, y se elevó de 16 a 18 años la edad mínima para contraer matrimonio. Conseguir estos avances no fue tarea en absoluto fácil. Según un informe del secretariado del Comité Central, en la región de Asia Central 300 delegadas del Zhenotdel fueron asesinadas en un solo año.

Las dificultades

Toda esta legislación se enfrentó a un sinfín de dificultades. Junto al atraso económico y cultural, los soviets debieron hacer frente a la destrucción provocada por la Primera Guerra Mundial y por la guerra civil desatada por los terratenientes y capitalistas rusos, y sus amos imperialistas, para intentar aplastar al joven Estado obrero.

Las masas soviéticas levantaron un Ejército Rojo de las ruinas y derrotaron a las fuerzas contrarrevolucionarias. Pero pagaron un precio muy elevado. Durante la posguerra, la renta nacional se redujo

a un tercio y la producción industrial, a una quinta parte. En 1921, Moscú había perdido la mitad de su población y Petrogrado, dos tercios; cientos de miles de personas retornaban al campo huyendo de la hambruna. Valiosas mujeres bolcheviques murieron, como Inessa Armand, presidenta del Zhenotdel, y Samóilova, ambas de cólera.

Estas condiciones de terrible escasez dificultaron la puesta en práctica del derecho al aborto, debido a la falta de instalaciones hospitalarias o de anestésicos, los comedores estatales languidecían y cerraban por falta de alimentos, y la mitad de las escuelas infantiles y hogares para madres solteras desaparecieron. La presencia de la mujer en un aparato productivo demolido y que apenas funcionaba retrocedió. Así, bajo condiciones espantosas, la mujer trabajadora y campesina se veía obligada a recluirse en su prisión doméstica.

El socialismo no se pudo construir sobre el reparto de la miseria, precisa de las condiciones materiales que permitan a los hombres y las mujeres emanciparse de la extenuante lucha por la supervivencia, liberando su energía física e intelectual para la construcción de una nueva sociedad dirigida de forma colectiva. Las penalidades, el hambre, el desempleo... reavivaron viejas lacras capitalistas, como la prostitución y la violencia machista.

Reacción estalinista

Pero no se trató exclusivamente de la ausencia de medios materiales. La revolución había alimentado una conciencia nueva:

Todos los adultos estábamos loca y terriblemente hambrientos, pero podíamos decirle al mundo entero (...) que estábamos avanzando hacia la meta de liberar al amor de la economía y a la mujer, de la esclavitud doméstica.⁴⁶

El repliegue de las conquistas y los derechos de la mujer soviética fue alimentado también por las nuevas condiciones políticas. La degeneración burocrática y el ascenso del estalinismo actuaron como un factor clave.

El retroceso reviste formas de una hipocresía desalentadora y va mucho más lejos de lo que exige la dura necesidad económica. A las razones objetivas de regreso a las normas burguesas, tales como el pago de las pensiones alimenticias del hijo, se agrega el interés social de los medios dirigentes de enraizar el derecho burgués.⁴⁷

Una casta de arribistas y burócratas se apoderó de la dirección del Partido y del Estado, ocupando el espacio político que la clase obrera no podía llenar por estar condenada a una penosa lucha por la supervivencia cotidiana. Asentada en el poder, consciente de sus nuevos privilegios sociales, la burocracia li-

derada por Stalin comprendió que su consolidación precisaba de las viejas cadenas que asfixiaban la conciencia revolucionaria. Represión, estajanovismo⁴⁸ y, también, sometimiento de la mujer trabajadora. Un primer paso para aplastar a su vanguardia fue la disolución del Zhenotdel en 1929. El aborto y la homosexualidad fueron perseguidos. El tercer Código de Familia (1936) hizo el divorcio más difícil.

Dicho esto, nuestro balance sería completamente desequilibrado si no recordáramos que, a pesar de la asfixiante deformación burocrática de la URSS, la economía nacionalizada y planificada pudo demostrar su enorme superioridad frente a la propiedad privada en la victoria sobre el fascismo. Posteriormente, el aborto volvió a ser legal, la jubilación femenina se estableció a los 55 años, se redujo la jornada laboral a las embarazadas sin reducción salarial y se les otorgó 56 días de licencia tanto antes como después del parto. En 1970, el 49% de las mujeres soviéticas tenían estudios superiores, más que en Francia, EEUU o Finlandia.

Todas estas conquistas se vieron nuevamente amenazadas cuando la burocracia se convirtió en un freno absoluto para la economía y se abrieron las puertas a la restauración capitalista. La destrucción completa de la herencia de Octubre supuso un retroceso y una pesadilla para el pueblo ruso, sobre todo para sus mujeres. Actualmente se reconoce la existencia de

tres millones de prostitutas en la Rusia de Putin: ciudades como Moscú multiplican por diez la presencia de prostitución respecto a Londres o Nueva York. Una sola década de restauración capitalista convirtió en un infierno la maternidad y la infancia para los más pobres. En 2001, uno de cada tres huérfanos ingresados en un hospicio moría al cabo de un año.

Nuestro objetivo

La experiencia de la Revolución de Octubre, con sus grandes avances iniciales y sus retrocesos posteriores, merece ser objeto de estudio para quienes luchamos hoy por la emancipación de la mujer. Demuestra cómo todo aquello que contribuye a elevar el grado de conciencia y organización de los oprimidos, sean hombres o mujeres, en busca de una sociedad sin clases nos hace más libres. Y a su vez, demuestra en negativo que toda sociedad basada en los privilegios de una minoría necesita recurrir a la opresión de la mayoría, en especial de la mujer.

El programa bolchevique para la emancipación de la mujer no pudo llevarse hasta el final, pero las conquistas que lograron no fueron en vano. Nos inspiran y señalan el camino para unas relaciones entre el hombre y la mujer liberadas de toda violencia y opresión, basadas en el respeto, la igualdad y la fraternidad:

La vida de la mujer trabajadora debe estar rodeada de las mismas comodidades, la misma limpieza, la misma higiene, la misma belleza, que hasta ahora constituía el ambiente de las mujeres de clase adinerada. (...) veremos nacer la unión libre fortificada por el amor y el respeto mutuo (...) Estas nuevas relaciones asegurarán a la humanidad todos los goces del llamado amor libre, ennoblecido por una verdadera igualdad social entre compañeros.⁴⁹

NOTAS

¹*Rosa Luxemburgo* (1871-1919): Principal dirigente del comunismo alemán, jugó un papel de primera línea en el movimiento obrero antes de la Primera Guerra Mundial. Nacida en Polonia, a los 18 años tuvo que emigrar a Suiza a causa de sus actividades políticas. En 1893 fundó el Partido Socialdemócrata Polaco (conocido más adelante como Socialdemocracia del Reino de Polonia y Lituania, SDKPiL). En 1897 comenzó a participar activamente en el Partido Socialdemócrata de Alemania, iniciando una dura lucha a partir de 1900 contra el revisionismo, primero contra Bernstein y luego contra Kautsky. En el congreso de 1907 del POSDR, apoyó a los bolcheviques contra los mencheviques en todas las cuestiones decisivas. Desde 1910 encabezó el ala marxista de la socialdemocracia alemana. Internacionalista durante la Primera Guerra Mundial, organizó la Liga Espartaquista, que agrupó a las fuerzas del marxismo revolucionario en el seno de la socialdemocracia alemana. Encarcelada desde junio de 1916 hasta que fue liberada por la revolución alemana de noviembre de 1918. En enero de 1919 fundó el Partido Comunista de Alemania (KPD) junto con Karl Liebknecht y dirigió su órgano central, *Die Rote Fahne* (La Bandera Roja). Tras la derrota de la insurrección de Berlín de enero de 1919, ella y Liebknecht fueron arrestados y asesinados el día 15 por orden del gobierno socialdemócrata. La Fundación Federico Engels ha editado sus principales obras.

Clara Zetkin (1857-1933): Militante del SPD alemán desde 1878. Delegada al congreso fundacional de la Segunda Internacional (París, 1889). Internacionalista durante la Primera Guerra Mundial. Participó en la fundación de la Liga Espartaquista y del KPD, de cuya dirección formó parte. Fue quien propuso celebrar el 8 de marzo como Día Internacional de la Mujer Trabajadora.

Nadezhda K. Krúpskaya (1869-1939): En 1891 entra en un círculo marxista ilegal. Detenida y deportada en 1896. Se casó con Lenin en 1898, convirtiéndose en su principal colaboradora. Responsable de la red clandestina de *Iskra* y del enlace clandestino entre San Petersburgo y Finlandia en el período 1905-07.

Apoyó a Zinóviev y Kámenev cuando rompieron con Stalin y se unió a la Oposición Conjunta. En 1926 rompió con ella y se plegó políticamente a Stalin, a pesar de ser consciente de que el estalinismo era una degeneración política antileninista, como demuestra su comentario en una reunión de la Oposición en ese mismo año: “Si Lenin viviera, estaría encarcelado”.

Inessa Armand (1874-1920): A los 19 años, se casó con Alexander Armand y juntos abrieron una escuela para niños campesinos. Inessa organizó también un grupo de ayuda para las mujeres de sectores populares. Cuando las autoridades le prohibieron establecer una escuela dominical para trabajadoras, murió su ilusión en la posibilidad de reformas sociales y en 1903 se unió al Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia (POS DR). Detenida, condenada y desterrada en 1907, al año siguiente huyó a Francia, donde conoció a Lenin, convirtiéndose en uno de sus más estrechos colaboradores. En 1912 volvió clandestinamente a Rusia, siendo detenida y desterrada de nuevo. Puesta en libertad bajo fianza, abandonó de nuevo el país. En 1914 inicia la publicación del *Rabótnitsa* (La Obrera), el periódico bolchevique para la mujer trabajadora. En 1915 organizó en Suiza la III Conferencia Internacional de Mujeres Socialistas, en contra de la Primera Guerra Mundial. En abril de 1917 retornó a Rusia en el famoso tren blindado, junto con Lenin y otros veintiséis bolcheviques. Cuando en 1919 se formó el Zhenotdel, el Departamento de la Mujer del Partido Comunista, fue su primera responsable. En 1920 presidió la I Conferencia Internacional de Mujeres Comunistas e inició la publicación de *Kommunistka*, el órgano del Zhenotdel. Murió de cólera. Tuvo un funeral de Estado y fue la primera mujer en ser enterrada en el Kremlin.

² Denominación que se daban los anarquistas rusos. Significa “populistas”.

³ A. Kollontái: *Autobiografía de una mujer emancipada*.

⁴ *Ibidem*.

⁵ En 1896, Kollontái era profesora en una biblioteca itinerante de asistencia escolar y material didáctico.

⁶ Primer partido marxista ruso, fundado en 1898 por la confluencia de diversos círculos marxistas en diferentes ciudades. En 1900 publicó el primer número de su periódico, *Iskra*. Su II Congreso (1903) marcó el inicio de la diferenciación política entre el ala reformista (mencheviques) y el ala marxista revolucionaria (bolcheviques), que se prolongaría durante varios años, hasta que en 1912 se produjo la separación definitiva. Los revolucionarios siguieron presentándose con las siglas POSDR (POSDR bolchevique) hasta su cambio de nombre por el de Partido Comunista de Rusia (bolchevique) en marzo de 1918.

⁷ En la obra de Engels, *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, podemos leer: “En un viejo manuscrito inédito, redactado en 1846 por Marx y por mí, encuentro esta frase: ‘La primera división del trabajo es la que se hizo entre el hombre y la mujer para la procreación de hijos’. Y hoy puedo añadir: el primer antagonismo de clases que apareció en la historia coincide con el desarrollo del antagonismo entre el hombre y la mujer en la monogamia; y la primera opresión de clases, con la opresión del sexo femenino por el masculino” (Fundación Federico Engels, Madrid, 2006, p.72).

⁸ Por ejemplo, su participación en la huelga de las trabajadoras textiles de San Petersburgo.

⁹ Karl Kautsky (1854-1938): La figura más respetada de la Segunda Internacional. En 1906 comenzó a girar hacia el reformismo; la Primera Guerra Mundial y la revolución de Octubre, a la que calificó de golpe de Estado bolchevique, lo transformaron en un completo oportunista.

¹⁰ Gueorgui Plejánov (1856-1918): En 1883 fundó en Suiza el primer grupo marxista ruso (Emancipación del Trabajo). Más tarde degeneró y se convirtió en un reformista, chocando

frontalmente con Lenin y los bolcheviques, pero también con el ala izquierda del menchevismo.

¹¹ Karl Liebknecht (1871-1919): Dirigente del ala marxista del SPD alemán y fundador junto con Rosa Luxemburgo, Franz Mehring y Clara Zetkin, de la Liga Espartaquista y del KPD (Partido Comunista de Alemania). En 1914, fue el único diputado del SPD que votó en contra de los créditos de guerra. Expulsado del grupo parlamentario socialdemócrata en enero de 1916. El primero de Mayo de ese año distribuyó propaganda antibélica en Berlín, siendo arrestado y condenado a trabajos forzados. Escribió un célebre folleto marxista que era todo un llamamiento a la rebelión: *El enemigo principal está en casa*. Puesto en libertad durante la revolución alemana de noviembre de 1918, participó en la fundación del KPD. En enero de 1919 encabezó el levantamiento de los obreros de Berlín. Arrestado con Rosa Luxemburgo el día 15, ambos fueron asesinados inmediatamente por orden del gobierno socialdemócrata de Scheidemann y Noske.

¹² Kollontái: *Autobiografía de una mujer emancipada*.

¹³ La I Conferencia Socialista Internacional se celebró en septiembre de 1915 en Zimmerwald (Suiza). En ella se enfrentaron los internacionalistas revolucionarios, encabezados por Lenin, y la tendencia centrista, impregnada por el espíritu conciliador y pacifista de Kautsky. Zimmerwald contribuyó a agrupar a los marxistas de la socialdemocracia internacional y a establecer un terreno de colaboración que cristalizaría definitivamente con la creación de la Internacional Comunista en 1919.

¹⁴ Nombre asignado a la política económica bolchevique durante la guerra civil. Para alimentar a las ciudades y a los combatientes del Ejército Rojo, el joven Estado soviético tuvo que recurrir a la requisita forzosa de la producción agrícola, lo que generó un gran malestar entre los campesinos. En 1921, tras el fin de la guerra, fue sustituida por la NEP, un repliegue táctico que

consistió básicamente en permitir al campesinado la venta en el mercado de parte de su excedente, junto a la actividad del pequeño comercio en la ciudad. Las palancas fundamentales de la economía, desde la nacionalización de las industrias esenciales al monopolio del comercio exterior, se mantuvieron bajo el control del Estado obrero.

¹⁵ Nombre que recibió la Primera Guerra Mundial hasta el estallido de la Segunda.

¹⁶ Así se denominaba a la ropa interior, la de cama y la de mesa.

¹⁷ Bajo el capitalismo, las tareas domésticas realizadas por la mujer trabajadora, aunque carecen de reconocimiento social y no son remuneradas, juegan un importante papel en el sostenimiento y reproducción de la mercancía fundamental para el funcionamiento del sistema: la fuerza de trabajo de la clase obrera.

¹⁸ Partidarios del zar en la guerra civil que siguió al triunfo de la Revolución de Octubre. El apelativo se debe al color de su uniforme militar.

¹⁹ Kollontái pone en evidencia su capitulación ante Stalin. En el momento en que escribe el artículo se desarrollaba una batalla dentro del Partido Comunista ruso y del propio Estado obrero contra la degeneración burocrática. La Oposición de Izquierda se había formado en 1923 y en el otoño de 1924 Stalin había hecho pública su teoría antimarxista del socialismo en un solo país. La represión contra los opositores se endureció en 1927, convirtiéndose en deportaciones en masa a partir de 1928 y en el asesinato posterior de decenas de miles de ellos.

²⁰ Alusión al período represivo que siguió a la derrota de la Revolución Rusa de 1905.

²¹ *Charles Darwin* (1809-1882): Eminente naturalista inglés, fundador de la biología científica evolucionista, que expuso en su obra *El origen de las especies* (1859). || *Wilhelm Bölsche* (1861-1939): Autor polifacético cuya obra versa principalmente sobre temas de historia natural. Tuvo un relevante papel en la popularización de las teorías científicas entre el público sin conocimientos.

²² *Heinrich Herkner* (1863-1932): Economista alemán que inicialmente se declaró marxista. Cuando Kollontái escuchó sus enseñanzas en Zúrich, descubrió su transformación en un revisionista de la obra de Marx y dedicó una parte importante de su tiempo a rebatir sus puntos de vista.

²³ La Revolución Rusa de 1905 empezó el 9 de enero (22 según el calendario actual), llamado el Domingo Sangriento, a raíz de una procesión de los sindicatos amarillos que el padre Gapón había organizado para intentar frenar la influencia marxista entre la clase obrera de San Petersburgo. Portando íconos religiosos y retratos del zar, 200,000 personas se concentraron ante el Palacio de Invierno para pedirle a Nicolás II que mejorase la situación del pueblo. La respuesta obtenida fue una represión salvaje que dejó miles de muertos y heridos. El salto en la conciencia de los trabajadores (que en menos de 24 horas pasaron de confiar en el zar a querer derrocarlo) es un ejemplo destacado de la ley dialéctica de la transformación de un fenómeno en su contrario, aplicada a la lucha de clases.

²⁴ *Helene Stöcker* (1869-1943): Pacifista, feminista y publicista alemana que en 1903 fundó la Liga para la Protección de la Maternidad. Sus ideas sobre la sexualidad, y en particular sobre la homosexualidad, eran consideradas excesivamente liberales por muchos de sus contemporáneos.

²⁵ *Dorothy (Dora) Montefiore* (1851-1933): Sufragista, socialista y poetisa.

²⁶ Menájem Beilis fue un joven judío de Kiev acusado falsamente del asesinato ritual de un niño cristiano. En realidad, el crimen fue cometido por las Centurias Negras a instancias del Estado zarista, que buscaba atizar una oleada de pogromos que desviase a las masas del movimiento revolucionario, en ascenso tras la matanza de los mineros del Lena un año antes. Su juicio dio lugar a manifestaciones obreras de protesta en diferentes ciudades rusas. Beilis fue absuelto.

²⁷ *Máximo Gorki* (1868-1936): Escritor ruso ligado al movimiento revolucionario. Su verdadero nombre era Alexéi Maxímovich Péshkov; Gorki es un seudónimo que significa “amargo”. Su obra más conocida es *La madre*. || Alexandr A. Bogdánov (1873-1928): Médico y filósofo socialista. Bolchevique en 1903 y, con Krasin, lugarteniente de Lenin en su primera época. Sus concepciones filosóficas lo separaron de Lenin, que las criticó en su obra *Materialismo y empiriocriticismo*.

²⁸ El parlamento alemán.

²⁹ Alexandr Kérenski (1881-1970): Primer ministro del Gobierno Provisional formado tras la revolución rusa de febrero de 1917. Completamente hostil a los bolcheviques.

³⁰ Consejo de Comisarios del Pueblo fue el nombre que adoptó el gobierno soviético. Los ministros y ministras era denominados comisarios y comisarias.

³¹ En agosto de 1918 se conformó un comité liderado por el profesor de Derecho A. G. Goijbarg, para redactar el proyecto del nuevo Código de Familia. Los bolcheviques no consideraban ese primer código de 1918 como una legislación socialista, sino propia de un período de transición, al igual que el Estado obrero era un régimen de transición al socialismo. Una vez consolidada la sociedad socialista, la familia burguesa sería reemplazada por otras formas de relaciones humanas. Durante el debate del proyecto, hubo sectores críticos que defendían la abolición

completa del matrimonio. Pero la opinión mayoritaria fue que el matrimonio, al igual que el Estado, no se puede abolir por decreto, sino que ambas instituciones deben extinguirse por el desarrollo material, cultural y de la conciencia.

³² Locución latina que significa “de derecho”, es decir, con reconocimiento legal.

³³ Persona que dirige una embajada en ausencia de embajador o embajadora.

³⁴ Bárbara Areal nació en 1969 en Buenos Aires (Argentina). Su familia se tuvo que exiliar en el Estado español tras el golpe de la Junta Militar en marzo de 1976. En 1994 fue elegida secretaria general del Sindicato de Estudiantes, posición que ocupó hasta finales de 1997. Ha escrito cientos de artículos y ensayos políticos. Entre sus trabajos destacan “Revolución proletaria y guerra campesina en China (1925-1949), Marxismo y feminismo” (ambos publicados en la revista *Marxismo Hoy*); y los libros *La cuestión marroquí. El colonialismo español en la guerra y en la revolución* (2011) y *La Izquierda Comunista, quinto volumen de la colección Revolución Socialista y Guerra Civil (1931-1939)* (2012). Actualmente forma parte de la Comisión Ejecutiva de Izquierda Revolucionaria en el Estado español.

³⁵ Al respecto de la gran Revolución Francesa, iniciada por una manifestación de mujeres, sigue siendo poco conocida la Declaración de los Derechos de la Mujer y de la Ciudadana redactada en 1791, uno de los primeros documentos en defensa de la igualdad de derechos y la equiparación jurídica de las mujeres.

³⁶ León Trotsky: *Historia de la Revolución Rusa*, Fundación Federico Engels, Madrid, 2007, vol. I, pp. 103-04.

³⁷ V. I. Lenin: *El poder soviético y la situación de la mujer*, 6 de noviembre de 1919.

³⁸ A. Kollontái: *op. cit.*

³⁹ A. Kollontái: *El Día de la Mujer*.

⁴⁰ Decreto del Comisariado del Pueblo para la Salud y el Bienestar Social y de la Justicia.

⁴¹ Folleto de 1923 titulado *La revolución sexual en Rusia*. El autor, Grigori Batkis, fue más tarde director del Instituto de Higiene Social de Moscú.

⁴² Citado en Wendy Z. Goldman, *Working Class Women and the 'Withering Away' of the Family* (La mujer de clase obrera y la 'desintegración' de la familia).

⁴³ Al frente de su comité de redacción estaban mujeres bolcheviques como Krúpskaya, Armand, Stahl, Kollontái, Yelizárova, Kudelli, Damailova y Nikoláieva, además de otras trabajadoras de San Petersburgo.

⁴⁴ Bajo el zarismo, las mujeres no tenían pasaporte, no podían trabajar sin consentimiento del marido, que era el dueño de cualquier herencia de su esposa, el divorcio estaba en manos de la Iglesia y por tanto era inexistente, no había ninguna protección de la maternidad en el puesto de trabajo. El aborto, el adulterio femenino y la homosexualidad estaban castigados.

⁴⁵ Se apoyaba mucho en reuniones de delegadas elegidas directamente por las obreras de las fábricas. Esas delegadas participaban en las actividades del Zhenotdel por un periodo de entre tres y seis meses, tras el cual volvían a la fábrica y compartían con sus compañeras lo que habían aprendido:

administración, propaganda, crítica y política. Un observador las describió como “una amenaza a los burócratas, borrachos, *kulaks* y todos los que se oponen a las leyes soviéticas”.

⁴⁶ Citado en Goldman, *op. cit.*

⁴⁷ León Trotsky: *La revolución traicionada*, Fundación Federico Engels, Madrid, 2015, p. 138.

⁴⁸ Trabajo a destajo.

⁴⁹ A. Kollontái: *El comunismo y la familia*.

Este libro se editó en la Ciudad de México.

Todos los derechos reservados.

La comunista rusa Alexandra Kollontai fue la primera mujer en la historia en ocupar un puesto de gobierno. Esta feminista defendió el amor libre, la igualdad de salarios para hombres y mujeres, la legalización del aborto y la socialización del trabajo doméstico y el cuidado de los niños.

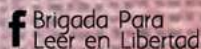
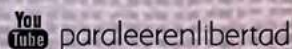
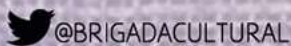
Pero fue más allá... Llevó el concepto marxista de tener una economía diferente y un hombre nuevo que construyera un mundo mejor, al ámbito femenino. Según Kollontai hacía falta una mujer nueva, alejada de la idea del amor romántico. Independiente económica, psicológica, y sexualmente.

Congruente con sus ideales, tomó la dura decisión de alejarse de su pareja y de su hijo para estudiar economía política y luchar por la emancipación de las mujeres trabajadoras.

“Aunque mi corazón no aguante la pena de perder el amor de mi esposo, tengo otras tareas en la vida más importantes que la felicidad familiar. Quiero luchar por la liberación de la clase obrera, por los derechos de las mujeres, por el pueblo ruso.

En 1946 Alexandra Kollontai fue nominada al nobel de la paz. Sin embargo, el premio ese año lo obtuvo Emily Green, activista fundadora de la Liga Femenina por la Paz y la Libertad, que luchó toda su vida por el sufragio de la mujer, la igualdad racial, los derechos laborales y el control del trabajo infantil.

DESCARGA TODAS NUESTRAS PUBLICACIONES:
www.brigadaparaleerenlibertad.com



Esta publicación es financiada con recursos de la RLS con fondos del BMZ y Para Leer en Libertad AC. Distribución gratuita. El contenido de la publicación es responsabilidad exclusiva de Para Leer en Libertad AC y no refleja necesariamente una posición de la RLS. Abril del 2020